

A woman in a pink dress and black high-heeled shoes is pulling a patterned suitcase. The suitcase has a repeating pattern of small circles in shades of pink and brown. The woman is walking on a light-colored floor. The background is a plain, light-colored wall.

se

CORÍN TELLADO

Tú no llegaste tarde

Todo marchaba bien entre Peter y Maggy. A pesar de ser una pareja joven y que apenas podía costearse los gastos del piso y de sus estudios. Sin embargo, todo cambia cuando Maggy se ve obligada a proponerle matrimonio.



Corín Tellado

Tú no llegaste tarde

ePub r1.0

Titivillus 16.05.2020

Título original: *Tú no llegaste tarde*
Corín Tellado, 1970

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Tú no llegaste tarde

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Sobre la autora

CAPÍTULO PRIMERO

—**P**ero, bueno, bueno, tanta prisa... ¿No podías haber esperado a la noche? Con la de trabajo que yo tengo... Lo entiendes, ¿no, Minou? De repente, llega Mac por la Facultad, y me dice: «Minou te espera». Tenía una reunión con dos profesores. Tú sabes que debemos dar el pecho, porque de lo contrario...

Minou levantó la cabeza rogando silencio.

Pero Peter Aubert no era de los que se callaban fácilmente.

—¿Alguna buena noticia? Bueno, por la noche era bastante pronto. Mira, Minou, tú sabes que si nos callamos, nada conseguiremos jamás. ¿Quién crees que capitanea a esos? Yo. Nadie más que yo. Sin mí —hizo un gesto desdeñoso— no son nada. Yo, siempre digo: «Hay que ser enérgicos. De nada sirve amilanarse. O das la espalda, o das la cara». Te das cuenta, ¿verdad?

—Sí, Peter. Pero si yo quise verte ahora, es porque te necesito mucho.

Peter hinchó el pecho.

Miró a un lado y a otro.

En aquel café de un barrio de Montmartre apenas si a aquella hora había dos o tres personas, que no se fijaban en ellos para nada.

Minou Fonteyn vestía una zamarra de tela oscura, forrada a cuadros. Una capucha caída; calzaba altas botas y bajo el brazo apretaba unos libros de texto. Tenía el pelo castaño claro, lacio, cayendo en suaves crenchas hacia la cara. Los ojos negros, inmensos, enturbiados en aquel instante por una expresión de angustia.

Peter Aubert, apenas sí se fijó en aquella angustia. Él, en aquel instante, estaba haciendo teatro, pero Minou aún no se había percatado de ello.

—Yo no sé que pasa —rio Peter, divertido—. Todo el mundo me necesita. Pero tú, vida mía, ya sabes dónde me tienes. ¿Miedo? ¿Quién habla de miedo, estando yo aquí? ¿No me has visto siempre quitar todos los obstáculos? ¿Cuándo nos conocimos? De eso hace más de dos años, ¿no? ¿Has tenido queja de mí?

—No, Peter. Por eso te busco ahora. Ayer no te vi.

—¿Sí? ¡Claro, claro! Estuve muy ocupado.

—¿No podemos ir a nuestro cuarto?

Peter miró el reloj.

Era un chico bastante alto, rubio, de largos cabellos. Vestía un pantalón de pana negro, un jersey del mismo color, de cuello de cisne, y, sobre todo esto, una pelliza casi blanca, forrada a cuadros como la de Minou, si bien la de él no tenía capucha y le llegaba apenas a las rodillas.

Desabrochó un poco la pelliza y buscó una cajetilla.

—Mira, ¿ves esto?

—Cigarrillos.

—Los he comprado con los últimos francos. No puedo darte dinero. ¿Te haces cargo?

—No te pido dinero, Peter.

Este respiró.

—No obstante, dentro de unos días te lo daré. Cobro las clases. Me revientan esos hijos de papá a quienes doy clases todos los días, pero... —se alzó de hombros—. Yo te aseguro que un día seré uno de los mejores periodistas de Francia, aparte de todo lo que haré para la televisión y la radio. Me gusta mi carrera, Minou. Cuando me licencie en Filosofía y Letras, tú serás mi secretaria. Pero te aseguro de que solo en casa, ¿eh? Nada de que tú trabajes.

Minou se agitó.

Ella no había ido a buscar a Peter a aquel café, para hablarle de sus respectivas carreras. Ya sabía que Peter era muy listo y que un día, los dos formarían una gran familia, pero entretanto..., había que solucionar aquello.

—¿Qué te parece si te fueras al cuarto? Eso es —se restregó las manos satisfecho—. Podíamos vernos allí por la noche. Tú estudias mientras yo llego. ¿Te parece bien?

La empujaba blandamente hacia la salida.

Minou no deseaba marcharse. Tenía que decirle aquello a Peter. Además, se vio negra para encontrar a Mac y decirle: «Dile a Peter que le espero donde siempre. En el café, por supuesto. Que es muy urgente».

Y allí estaba. Pero, por lo visto, Peter estaba tremendamente liado con el asunto de la Facultad de Filosofía y sus profesores.

—Te digo que deben de hacernos caso. Nunca me metí en esto. Pero todos los compañeros me buscaron a mí para dar la cara, y es lo que pienso hacer. ¿Irás para el cuarto? Come algo antes de ir. ¿Me entiendes? Aquí cerca tienes un autoservicio. Después hablaremos. Ya te contaré..., cuando llegue.

—Peter...

—Tú, tranquila, mujer. ¿No estoy a tu lado? ¿No te amo? Pues entonces... La vida es bella, Minou. ¿Por qué esos temores? ¿No me ves a mí?

Le admiraba profundamente por eso. Peter era decidido; a su lado nadie se aburría. Y todos los que dependían de él, podían vivir seguros.

—¿Me has oído, cariño? Estás guapísima esta tarde. ¿Qué te parece si me permitieras decírtelo dentro de cuatro horas en nuestro cuarto?

—Está bien —se resignó—. Pero no faltes.

La miró cegador.

—¿Cuándo falto yo?

—Está bien, está bien. Te espero allí.

Peter la besó en la nariz y echó a correr abrochándose la pelliza.

Minou apretó su zamarra contra el pecho y miró el reloj.

Tenía tiempo. Irse al cuarto en aquel instante era... como morirse un poco más. No. Tenía tiempo de pasar por casa de Maggy Font. Ciertamente Maggy vivía al otro extremo de París,

pero..., ¿no tenía un subterráneo que en menos de media hora la dejaba ante el apartamento de su amiga?

Necesitaba ver a Maggy, necesitaba decírselo todo.

* * *

No contestó nadie a la enérgica pulsación del timbre.

Quedóse pegada a la pared del rellano y contempló absorta cuanto la rodeaba.

Maggy vivía casi bien. Trabajaba mucho, es cierto, pero...

Merecía la pena trabajar tanto. Claro que Maggy y ella eran distintas. Mientras Maggy dejaba la carrera, apenas llegada al tercer año, y se dedicaba a escribir para una revista frívola, ella picaba más alto. Sufrir privaciones, comer mal. Vestir de cualquier manera y adorar a Peter... Pero terminaría la carrera.

No era tan fácil. Apenas si tenía dieciocho años y cursaba el segundo de Filosofía y Letras. Por nada del mundo dejaría la carrera. Pero..., aquello..., ¿no era una terrible contrariedad?

Oyó el zumbido del ascensor y casi, en seguida, la detención de aquel, y la frágil figura de Maggy, cargada con una bolsa de comida.

—¡Minou...!, ¿tú aquí? —miró en torno—. ¿Dónde has dejado a Peter?

—Está en una reunión. Yo he venido...

—Ya te veo.

Le envió un beso con la punta de los dedos, y, oprimiendo la bolsa contra la barbilla, empezó a buscar las llaves en el bolso.

—No las encuentro. ¿Sabes que siempre me ocurre así? ¿Quieres ayudarme? Que me cae el bolso. Oh...

El bolso, en efecto, cayó al suelo, pero su contenido no se desparramó.

—Busca la llave y abre, Minou.

Esta lo hizo así.

—Aquí está —murmuró.

—Abre la puerta. ¿Qué milagro por aquí? Desde que dejé la carrera te vi dos o tres veces, y eso cuando yo decido ir por Montmartre. Tú no te acercas aquí ni por recomendación.

—Los estudios son duros.

—Ciertamente. Por eso lo dejé yo.

—Pasa —dijo Minou, franqueando la puerta—. ¿Tienes algo nuevo?

Maggy rio y fue a depositar la bolsa de la compra en una silla.

—Puaf, qué frío hace y qué sofocada estoy yo. ¿Pasarás aquí las Navidades? ¿O te irás con tus tíos?

—Creo que me quedaré aquí. Me pasa algo...

Maggy empujó la puerta y con un gesto señaló el pasillo.

—Vamos dentro. ¿Quieres tomar algo? ¿Té, café?

—He tomado un café con Peter hace poco más de media hora.

—¿Qué tal tus cosas con él?

Ya estaban en el interior de la salita. Maggy apretó el conmutador de la luz y respiró.

—Me he cansado. Pero dos veces por semana, no tengo más remedio que salir de compras. Lo meto todo en el frigorífico, y, ¡hala!, a vivir tranquila —se echó a reír al tiempo de desplomarse en una butaca—. ¿No te sientas? Me cuesta mucho comer por ahí. Las comidas del mediodía las hago en la redacción de la revista. Oye, ¿sabes que aquello marcha muy bien? Si quisieras dejar la carrera, te daría trabajo. Llevo toda la sección de modas, cocina, labores. Ya sé que no soy licenciada, Minou. Ya sé que tú picas más alto. Pero... —se alzó de hombros—, hay que vivir, ¿no? De sueños..., no se vive.

Minou ya conocía el parecer de Maggy sobre el particular. Lo discutieron mil veces antes de que Maggy dejara los estudios.

—Me pagan bien —añadió Maggy como si se justificara—. Yo apenas sí sé cocinar, pero..., escribo cosas de cocina, y te aseguro que debo hacerlo bastante bien, porque los lectores me escriben cartas haciéndome esta o aquella consulta. ¿Y de labores? En mi vida agarré una aguja, pero..., ya ves —se puso en pie y tiró de un cajón—. ¿Ves todas esas cartas? Las he traído ayer. Las escriben las lectoras que leen mi sección de labores. Tengo al director en el bote. Me mimas más...

Se echó a reír con desenfado.

Era una chica rubia y menuda. De silueta frágil y muy femenina. Contaría a lo sumo veintidós años.

—Cuando una no tiene dinero, ni muchos amigos, ni parientes..., ¿qué debe hacer? Tú tienes a tus tíos. Dichosa tú. Te mandan dinero todos los meses... ¿No es encantador? —se fijó en el semblante demudado de su amiga—. Oh, pero soy tonta. Dada la distancia que nos separa en París, creo que no has venido a oírme. Puedes decir lo que sea, Minou.

La joven respiró hondo.

—¿Estamos solas?

—Pero, Minou..., ¿cuándo estuve yo acompañada? ¿Sabes cuánto me cuesta este apartamento? Mil veces pensé en buscar una compañera que me ayudara a pagarlo, pero no soporto a los curiosos, y estoy segura que cualquiera que metiera aquí, lo sería. Salvo tú, claro. Pero tú..., ya tienes donde vivir. ¿Qué tal tus cosas con Peter?

No podría decírselo, estaba segura.

¡Si se atreviera!

Pero no, Maggy tenía un modo de pensar extremista. Seguro que la condenaría. Ya habían discutido bastante cuando le comunicó que vivía con Peter...

II

—Peter es un chico estupendo.
Maggy hizo un gesto ambiguo.

Pero exclamó resignadamente:

—¿Quién lo duda?

—A su lado, una se siente siempre protegida.

—Eso es verdad..., por lo que me cuentas.

—Tú no estás de acuerdo.

Maggy frunció el ceño. Metió la mano en el bolsillo y se quitó el abrigo, tirándolo sobre el respaldo de una butaca.

—Una está distraída. ¿Sabes cuántas horas trabajo en la redacción? Más de ocho. Y luego me traigo trabajo para casa. Con los extras que gano, me compro mi ropa. Ya ves, visto regularmente.

—Mejor que yo —adujo Minou.

—Ciertamente, pero..., tú estás estudiando. Tienes una disculpa. Yo pienso que no estoy cuerda. Trabajo para vivir. No hay derecho a trabajar tantas horas y no ahorrar un franco. Pero..., me olvido nuevamente de ti. ¿Qué te trajo por mi casa? ¿Has reñido con Peter?

—Oh, no. Con Peter no se puede reñir. Es encantador. ¿Recuerdas cuando te dije que conocía a un chico excelente, de origen australiano? Tú te enfadaste. «Eres muy joven —me dijiste—. Ten cuidado».

—Tengo más años que tú, ¿no? Era mi deber advertirte.

—Yo le amo.

Maggy levantó una mano y le mostró el cigarrillo.

—¿Fumas?

—Sí, dame.

—Es que si no le amaras, sería como para matarte. ¿Qué disculpa tiene una locura así? El amor. De otro modo, yo no soy capaz de concebirlo.

—Peter es el hombre enérgico, decidido, maravilloso, en el que una puede descargar tranquilamente...

—Eso tiene su disculpa. Si no fuese Peter así..., no tendría razón de ser su actitud.

—Juntamos nuestro dinero. Juntos vivimos mejor.

—Eso lo dudo yo, pero si tú lo dices...

—Es que es así.

—Mejor, mejor. ¿Qué problema tienes entonces?

No se lo diría.

Maggy se pondría por las nubes.

Esperaría hasta que Peter lo supiera y decidiera casarse. Se casarían pronto y vivirían mejor. ¿Por qué no? También ella podía hacer lo que hacía Peter, con el fin de añadir unos francos al presupuesto familiar. Dar clases. ¿Por qué no? Incluso a escondidas de Peter.

—No tengo ninguno —mintió—. Solo deseaba verte.

Maggy la miró escrutadoramente.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Bueno, bueno..., mejor que no tengas problemas.

—Problemas, siempre hay, pero todos de fácil solución.

—Teniendo a Peter —dijo Maggy sin ironía, pues ella no conocía al amigo de su amiga, más que por referencias de esta—, es lógico que no los tengas. Y si los tienes, los echará Peter sobre las espaldas. ¿No es así?

—Así es.

—Le admiras mucho.

—Mucho.

—Mejor. Eso sí que me gusta. Una mujer que admira a un hombre, es que le ama profundamente.

—¿Tú no tienes novio, Maggy?

—¿Yo? ¡Claro que no! ¿Crees que tengo tiempo? Me paso la vida trabajando, con el fin de hacer algún dinero. Pero solo consigo vivir y trabajar. A veces pienso que cometí una soberana tontería dejando los estudios.

—Te lo dije yo —se apresuró a comentar Minou.

Pero Maggy la cortó con un brusco gesto.

—De todos modos, hasta ahora no me arrepentí. ¿De veras no quieres tomar algo?

Minou consultó el reloj.

—¡Oh, no! Tengo que irme. Otro día volveré con más calma.

Se puso en pie.

Maggy también.

—Siempre dices igual. ¿Qué te parece el domingo?

—Los domingos, imposible. Se los dedico por entero a Peter. A veces vamos hasta Versalles, y corremos por aquellos jardines asidos de la mano como dos críos.

—Me alegro que ames tanto, Minou. Cierto que, a mi modo de ver, no haces bien las cosas, pero..., si amas tanto..., tienes una disculpa.

—Es que sin amor, yo no concibo la entrega.

Maggy hizo un gesto vago.

—¿Cuándo volverás? —preguntó sin hacer comentarios.

—Es posible que la semana próxima. Tenemos siempre un día libre en la Facultad. Te lo dedicaré. Ya sabes que Peter está muy entregado a esas cosas del profesorado, las hermandades y la confraternidad estudiantil.

—Debe ser el eje de todas las reuniones, ¿no?

Minou asintió con cierto disimulado orgullo.

—Ven cuando puedas. Yo ando siempre por dos sitios. Los mismos todos los días. La redacción y este pequeño apartamento. Si un día decides dejar a Peter...

—¡Nunca!

—Bueno, pero si lo haces, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Maggy.

La acompañaba hasta la puerta.

—Ni siquiera te has quitado el abrigo —rió Maggy—. Bueno, pero si es que no te vas a quedar un rato, es mejor así. Hasta pronto, Minou.

Se besaron.

Se veían poco, pero se apreciaban de veras.

* * *

Peter entró eufórico, como si lo arreglara todo.

Quitándose la pelliza, llamando a gritos a Minou y dando al cuarto, casi miserable, una fuerza de auténtico palacio.

Minou salió de alguna parte, aún vestida. Tenía entre los dedos un cigarrillo y al ver a Peter, corrió hacia él y se lo puso en la boca.

Peter la besó y después fumó aprisa.

—Gracias —dijo, riendo—. No sabes las ganas que tenía de fumar. Uno empieza a hablar, y..., ¿sabes? Un cigarrillo hace compañía y da inspiración. —La miró feliz—. Me han escuchado, Minou. Han decidido estudiar todo lo expuesto por mí. Fue un éxito la reunión. Me dejaron hablar a mí. Cuando llegamos, todos dijeron: «Hablará Peter». Y yo hablé. No se oía ni un respiro. Jamás tuve un auditorio más atento.

—Es que vales mucho, Peter. Tu energía es arrolladora y convincente.

—Gracias, cariño. ¿Hay algo para comer?

—Claro. Ven.

Al fondo del cuarto había una mesa puesta. Un mantel blanco, aunque algo repasado. Un jarrón con flores artificiales, dos cubiertos y un asado.

—¿Ha llegado el dinero de tus tíos?

Minou negó por dos veces.

—No llegará hasta la semana próxima.

Peter fue a lavarse las manos y luego las secó en un paño pardo.

—Estamos a últimos de mes. ¿Por qué tardarán tanto en pasar los días? ¿Sabes lo que pienso alguna vez, Minou? Traficar en drogas.

—¡Estás loco!

Peter sacudió la mano.

—No lo creas. Ante una falta de dinero así... ¿No lo entiendes? Lo que yo gano lo gastamos los dos en los estudios. Lo que manda tu tío Roland apenas si nos llega para comer. Tú tienes expresión de hambre, y yo...

—No es de hambre.

—¿No?

—¿No te sientas a comer?

—Claro. Si tengo hambre de lobo.

Ambos se sentaron, uno frente a otro.

—Tengo que hablarte, Peter.

Pero Peter no la oía.

Tal vez sin darse cuenta, o dándose la y no demostrándose la, comía sin mirar a su novia. Lo comía casi todo. Después, cuando veía la fuente casi vacía, lanzaba una exclamación y pedía mil perdones.

Aquel día no le dio tiempo a hacerlo. Minou parecía dispuesta a hablar cuanto antes.

—Me parece, Peter, que tenemos una buena contrariedad.

—¿Sí? ¿No manda el dinero tu tío?

—No se trata de dinero. Se trata de ti y de mí.

Peter levantó el cubierto y lo agitó en el aire.

—¿Qué pasa? No me irás a decir que vas a dejar los estudios. Tú eres una chica inteligente. Claro que si los quieres dejar, yo no voy a oponerme. Ya sabes que tú y yo somos libres de obrar como nos acomode. Ese es el pacto, ¿no?

—Sí, Peter. Tampoco se trata de eso. Yo nunca dejaré los estudios.

Peter la miró de modo raro.

En sus claros ojillos pareció inmovilizarse una nube.

Él tenía su modo de pensar. ¿Por qué no podía Minou dejar los estudios? Así él podría estudiar mejor. No dar clases..., y terminar cuanto antes. Tenía inquietudes políticas. Podía llegar lejos. Todos se lo decían.

Pero sus más íntimos pensamientos, jamás los expuso.

—¿Qué es lo que ocurre, Minou?

—Tenemos que casarnos.

Así.

Como un pistoletazo.

Peter se levantó de un salto, para caer rápidamente de nuevo en la silla.

Su semblante palideció. Empezó a mover las aletas de la nariz. Y los labios se crisparon.

—¿Cómo?

—Eso.

—Pero..., yo te dije...

—Lo siento.

Peter se levantó, pero esta vez no volvió a sentarse.

No parecía el mismo hombre.

Tenía los hombros menguados y la cabeza casi metida en ellos. Su voz era vacilante, y sus manos se estremecían al pretender encender un cigarrillo. Por supuesto, se le habían quitado las ganas del apetitoso asado.

—Peter..., ¿te das cuenta? Era lo que pretendía decirte esta tarde.

Peter giró.

No estaba furioso.

Estaba... ¿acobardado?

Minou le miró detenidamente.

—Peter..., ¿qué te pasa?

Peter no sabía qué decir.

Se diría que toda su energía era un simple parapeto de defensa, que en aquel momento no sabía usar.

—Pues..., ¿estás segura?

—Sí.

—Tú comprendes, ¿verdad?

—¿Comprender..., qué? —se ahogó Minou.

—No tenemos dinero. Yo tengo la carrera a medias, como quien dice, pues me faltan dos años...

—¡Peter!

—Bueno, sí —se agitó como un crío indefenso—. Ya sé que te amo. Ya sé que me amas. Pero..., ¿no es demasiada sujeción casarse? Tú entiendes. ¿Con qué voy a mantenerte a ti y al niño?

Minou había ido poniéndose en pie poco a poco, hasta quedar erguida ante él.

Ya no parecía la Minou suave que hablaba con Maggy del amor que le tenía a Peter. Y este, en cambio, sí parecía la damisela temerosa que era Minou aquella tarde ante su amiga.

—Tú tienes que entenderlo.

—¿Entender qué, Peter?

—Yo..., tú lo sabes. Yo..., tengo una carrera por delante. Tengo aspiraciones políticas.

—¿Es que no sabes sacrificar algo de tus aspiraciones por un deber?

—Sí, sí, pero...

—Peter..., ¿te da miedo la situación?

Peter fue a menguarse en un rincón del cuarto.

Casi iba a llorar.

Minou no podía creer lo que veía.

—Peter..., ¿qué te pasa?

A Peter le pasaban montones de cosas.

Él quería a Minou, por nada del mundo desearía perjudicarla..., pero tenía miedo. Miedo, sí. Miedo a la vida. El bien sabía que bajo su capa de león se ocultaba el más débil cordero. Pero..., ¿por qué tenía que saberlo Minou?

Aquella tarde, como tantas otras, él fue un oyente. Un simple oyente. Si no le dejaban hablar... Los otros lo decían todo. Pero..., ¿por qué? ¿Por qué tenía que saberlo Minou?

Cuando él fuera ministro... Sí, cuando él fuera ministro...

—Peter —gimió Minou con ansiedad—, ¿qué te pasa? ¿Es que tú, tan enérgico, no sabes hacer frente a esta situación?

Claro que no sabía.

Pero aún quiso envalentonarse.

—Te aseguro... —empezó a decir.

Pero Minou estaba ante él. Él siempre admiró a Minou, porque, si bien parecía frágil y suavecita, muy femenina, y de hecho lo era mucho, había bajo ella una fuerza que él jamás tuvo más que de boquilla.

—Te aseguro que algún día..., me casaré contigo. ¿Lo entiendes? ¿No? Porque hoy, así... ¿Te das cuenta?

—No —cortó Minou—. De lo único que me doy cuenta es de que en este instante me pareces una gallina.

Peter trató de crecerse. Pero no pudo. No porque Minou se lo impidiera. Es que no tenía fuerzas para hacerlo.

Minou abrió mucho los ojos.

Ella era valiente y sabía responsabilizarse de sus culpas. Pero lo que no toleraba era la cobardía.

—Peter —gritó como si no diera crédito a lo que veía—: tú eres un cobarde.

—Minou, entiende, comprende. Yo quisiera que tú comprendieras...

Pero se iba.

Con paso corto, como si fuera un crío desvalido, con la cabeza hundida en los hombros.

—Peter...

—Lo siento, lo siento. Sí, sí, me da miedo la situación. ¿Entiendes? Me da miedo.

Abrió la puerta y se lanzó al rellano. La música de una radio vecina se oyó con nitidez al abrir la puerta.

—Peter...

Peter no oía a Minou. Corría escalera abajo como si lo persiguiera el mismo demonio.

Minou no se echó a llorar. Minou no hizo aspavientos. Pero..., sí se quedó muda e inmóvil, con la mente casi despavorida. No por su soledad, sino..., por la tremenda desilusión recibida...

III

Aprovechó el domingo para presentarse en Auxerre, un pueblo de no más de treinta mil habitantes, donde vivían sus tíos.

Nadie la esperaba.

El tren se detuvo en la estación y Minou asió el maletín, y con él en la mano descendió y se adentró en las calles del pueblo.

Ella quisiera llorar, pero no podía. De nada servía lamentarse cuando nadie, excepto Peter, podría remediarlo.

Le esperó durante tres días. Al tercero, y en vista de que no le veía ni lo encontraba en la Facultad, de donde también había desaparecido, decidió dejar el cuarto y pasarse a una pensión de estudiantes, y... llegar al pueblo de Auxerre con el fin de buscar en sus tíos una ayuda para aquel desenlace inesperado.

No estaba muy segura de obtener una respuesta adecuada. Pero ella no tenía un parapeto por careta. Ella era así, y así había que enfrentar la realidad...

Solo iba a Auxerre por vacaciones. Por Navidad, por la estación estival... Y no siempre se detenía mucho.

Antes de conocer a Peter, sí. Pero después...

Tío Roland y tía Katia eran buenas personas. Claro que estaban llenas de prejuicios y en el pueblo eran muy conocidos. Posiblemente no quisieran saber nada de aquel asunto. Le enviaban dinero desde que su padre, músico de profesión, falleció en París, hacía cosa de seis años. Ella pasó por Auxerre y allí cursó el Bachillerato. Pero cuando hubo de ingresar en la Facultad de Filosofía, ni ellos se lo impidieron, ni hicieron objeción alguna. Solo le prometieron que a finales de mes le enviarían una paga. No era muy espléndida, pero tampoco los Fonteyn disponían de una fortuna cuantiosa. En realidad, vivían de unas pequeñísimas rentas y de un retiro como funcionario público de tío Roland.

No tenían hijos, lo cual les evitaba gastos enormes. Por tanto, y al no estar obligados a mantenerla, ella podía dar gracias a Dios de que se acordasen de ella para enviarle mensualmente la paga designada.

Atravesó las calles casi desiertas a aquella hora de la noche.

En el supuesto de que no la oyesen, aún podía alcanzar el tren de las doce quince, que salía de nuevo para París.

Torció por una bocacalle y al final de aquella se detuvo.

La casa era alta.

En el decimoquinto piso vivían los Fonteyn. Eran gentes respetables. Conocida por todos los habitantes de Auxerre. Llenos de prejuicios que no iban con ella, pero que estaba obligada a respetar.

Entró en el portal justamente cuando el portero cerraba.

—Buenas noches —saludó.

El portero no la reconoció.

En realidad, la vio poco. Era nuevo en la casa, y, por otra parte, había demasiados inquilinos.

No pidió ayuda. Se perdió en el ascensor y pulsó el botón del decimoquinto piso. Casi en seguida estuvo ante la puerta del piso de sus tíos.

Pulsó el timbre.

Peter no había vuelto. Ni nadie le vio por la Facultad. Es posible que huyera de París.

Una tremenda desilusión la embargaba. Más, infinitamente, más que su soledad.

Era una decepción que no pasaría fácilmente. ¿Qué vio ella en Peter? Siendo psicóloga como era, ¿cómo pudo pasarle inadvertida aquella cobardía del carácter que parecía arrollarlo todo?

Se alzó de hombros.

Se sentía deprimida, pero..., no era fácil que a Minou Fonteyn se le notara.

—¡Minou! —exclamó tía Katia al verla—. ¡Qué alegría, querida! Mi marido y yo nos decíamos esta temporada: «¿Qué le habrá pasado a Minou?»».

La besaba con ternura.

—Estás más delgada, pero qué linda estás. Roland, Roland..., mira quién ha llegado.

En el fondo del pasillo apareció el tío Roland. Ya mayor, con sus cabellos blancos de jubilado. Su tesitura, y aquel aire doctoral que tanto llamó siempre la atención de Minou.

—Querida —exclamó alegremente—. ¡Qué sorpresa más agradable!

No era nada agradable.

Pero ellos aún lo ignoraban.

—Pasa, pasa —le quitó el maletín de la mano y la empujó blandamente hacia una especie de salita—. Tu tía y yo nos preguntábamos qué sería de ti. Salvo la tarjeta que escribes a la recepción del dinero..., ni una palabra hemos sabido de ti en todo este tiempo, desde la breve semana que pasaste con nosotros en el verano.

Respiró hondo.

No buscaba un refugio.

No buscaba más que una ayuda moral.

No supo por qué razón, intuyó que no iba a tenerla. No porque ellos fueran malos, sino porque tenían un prestigio en Auxerre y querrían mantenerlo. Unos prejuicios que no iban con ella, pero que debía respetar en sus tíos.

—Estás más delgada —decía tía Katia, dando vueltas en torno a ella— y pálida. Pero guapísima. Oye, ¿no te mandamos bastante dinero? No estás muy bien vestida.

—Deja a la chica, mujer —rogó el tío—. Acaba de llegar y ya la abrumas a preguntas.

—Gracias, tío Roland.

—¿Qué tal los estudios? Bueno, por eso no creo que sea preciso preguntarte. Tú eres una chica inteligente, y, además, amas tu carrera. Sin duda la terminarás.

—Eso sí.

—¿No tienes novio?

—Lo tenía.

—¡Ah!

* * *

No lo dijo en aquel mismo instante.

Fue a lavarse y después comió algo que le sirvió tía Katia en la salita. Después, entró de lleno en el asunto que la llevaba a Auxerre:

—Me preguntasteis si tenía novio.

—Y dices...

—Desde que llegué a París, no tuve relaciones más que con él.

—¡Ah!

—Pero ahora me dejó.

—¡Ah...!

No decían nada más.

¿Presentían lo que iba a soltar ella después?

Parecían ambos expectantes.

Minou, decidió acabar cuanto antes.

—Voy a tener un hijo.

Como un resorte, los dos se levantaron y del mismo modo cayeron de nuevo en sus respectivas butacas. Algo más pálido el caballero. Algo más sofocada la dama.

—Eso es...

—Sí. Ya sé lo que es —cortó con suavidad—. Pero yo he venido a saber si me ayudaréis.

—¿Con dinero?

—De ese modo, ya me ayudáis. No, moralmente. Siempre es fácil ganar dinero decentemente, cuando se tienen ganas de trabajar. No se trata de dinero. Estoy sola —añadió con la mayor naturalidad—. Siempre pensé que nos casaríamos él y yo. Yo lo consideraba un hombre muy fuerte. Muy decidido. Pero me equivoqué. Él me quería, de eso estaba yo bien segura. Pero ahora..., siento como un desprecio infinito hacia él.

—Tiene el deber...

—¡Oh, no, tío Roland! No hablemos de deberes. Hablemos, si te parece, de cariño o soledad. Pero por deber, no me casaría jamás ni con un multimillonario.

—A nosotros —dijo tía Katia por su marido, sin alterarse y hasta con cierta ternura—, nos parece una monstruosidad.

—Le amaba.

—¿Es una disculpa?

—Si no intento disculparme. Solo pido ayuda... Ayuda por un tiempo.

Marido y mujer se miraron.

Los dos estaban sofocados.

—Comprende —dijo tía Katia, que era la más decidida—, nosotros hemos logrado un prestigio. De mucho tiempo, ¿entiendes? Cuesta hacerse con un prestigio. La gente nos respeta. Por nada del mundo...

—Quisiéramos no perderlo —dijo tío Roland con voz tenue—. Lo entiendes, ¿verdad?
Claro que lo entendía.

Lo había presentado durante todo el trayecto desde París.

Por eso tenía el maletín a sus pies, sin deshacer.

No hizo comentarios.

Le quedaba una persona. Sola no podía con todo aquello. Destruirlo, jamás lo haría.

Por tanto, decidió terminar cuanto antes.

No sentía hacia ellos desprecio alguno. Por Peter, sí. Peter, que era el responsable, el fuerte, el decidido, el protector.

De ellos, no podía esperar gran cosa. Pero sí una ayuda moral, un aliento, algo. Pero no censuraba que nada le dieran. ¿A qué estaban obligados? A nada. Los conoció cuando falleció su padre y Roland Fonteyn se presentó en París... Si durante una vida entera, una vida que estaba, como quien dice en sus postrimerías, lucharon por conseguir un prestigio, en el ocaso de su vida no era posible perderlo.

Se levantó y se inclinó de nuevo para asir el maletín.

Los dos se pusieron también en pie, sofocados y aturdidos.

—Entiende —decía Katia muy confundida—. Entiende. Nosotros quisiéramos ayudarte. Es más, privándonos de lo que sea, te aumentaremos la paga. Pero tenerte aquí..., ¿no lo entiendes?

Tío Roland se acercó a la joven con suavidad y le puso la mano en el hombro.

—Tú lo entiendes, ¿verdad que sí? Yo sé que lo entiendes. Eres una chica sensata e inteligente. Lo que no nos explicamos es cómo te ocurrió eso. A ti..., no contábamos nosotros que te ocurriera.

—Pero me enamoré de un hombre.

—¿Es una razón? ¿Es una disculpa a tu falta?

—Entiende, tío Roland. Yo no pretendo disculparme. Bueno o malo, lo que yo haga es para mí. No debí venir aquí. No debí perturbar vuestra monacal tranquilidad con mis asuntos. Yo sé responsabilizarme. Ya sé que duele. Os agradezco vuestro dolor, pero las cosas están hechas y hay que aguantarlas.

—Te vas...

—Sí, sí —rio suavemente, con amargura—. Me voy.

—¿A dónde? —se desesperó tía Katia.

—A París de nuevo. Tengo que hacer frente a la situación.

—¿Vas a dejar los estudios? —se agitó el tío.

Movió la cabeza por tres veces.

—Trabajaré y estudiaré al mismo tiempo. Nunca se me ocurrió hacerlo, porque lo hacía Peter. Pero ahora me doy cuenta. Peter jamás me entregó un franco... Fui tonta. Muy tonta. Lo que más siento de todo es la desilusión que tengo dentro de mí —pasó los dedos por la frente—. Una desilusión horrible, esa es la verdad. Nunca pensé que yo...

Pero..., ¿qué les contaba a ellos? ¿Acaso comprenderían ellos lo que ella sentía en aquellos instantes?

No supo cuándo ni cómo se vio de nuevo en la estación.

Sentía frío y ganas de llorar, pero ella no era mujer que se dejara abatir por el sufrimiento.

«Así no se consigue nada —pensó—. Nada en absoluto. Las cosas están así..., y así tengo que hacerles frente».

IV

Maggy lo oía todo sin parpadear.
No era una mojígata ni una estúpida incomprensible.

No le gustaba lo ocurrido, ni estaba de acuerdo con las teorías de Minou respecto a la vida y el amor. Pero..., era su amiga y conocía lo bastante a Minou para saber que necesitaba ayuda. Más moral que material.

—Te puedes quedar aquí —dijo—. Eso por supuesto. ¿Era lo que deseabas saber?

—Sí.

—¿Dónde has dormido?

—En la fonda.

—Despídete de ella. Puedes venir aquí. Yo te conozco bien. Nunca me gustó lo que me decías de Peter. No le he conocido y me alegro de ello. De todos modos, cuando un hombre es tan enérgico como tú decías, no lo pregonas. Lo es y basta.

—Vengo de casa de mis tíos. He ido ayer a Auxerre.

—¡Pobres viejos! ¿Qué querías que hicieran?

—Yo sé lo que haría yo, pero nunca me detengo a juzgar lo que harían los demás, hasta que lo veo.

—¿Y el dinero?

—No sé si lo mandarán. No lo quiero.

Maggy se inclinó hacia ella.

—Tú no estudias por colgar el título en un lugar bonito de tu casa. ¿A qué no? Si pretendes estudiar...

—Trabajaré.

—Eso es duro. Yo también lo pretendí y no pude.

—Yo sí, y no intento con ello decir que tú eres peor que yo. Es que yo me tracé una meta en la vida. Fui demasiado sentimental en cuanto al amor de Peter. ¿Entiendes? En lo sucesivo la palabra amor la descartaré de mi vocabulario.

Maggy suspiró.

—Está bien. Aquí tienes tu casa. ¿No tienes aficiones literarias? Escribe cuentos. Yo influiré para que los publiquen en la revista.

—¿Qué clase de cuentos? Pagarán poquísimos.

—Casi nada. Pero, una ayuda es una ayuda.

—Daré clases —se miró al espejo—. Puedo hacer de modelo publicitaria, ¿no? Además, hay montones de pintores, escultores y agencias en París. Nunca probé.

—Pero en tu estado...

—Todo se puede compagnar. Mañana empezaré a buscar.

Maggy juntó las manos.

—No es fácil. Los estudios son duros de por sí. Estás en el segundo año. Te falta mucho. Los días, cuando una es feliz y lo tiene todo, pasan volando. Pero cuando hay que luchar..., duran una eternidad.

—Aun así.

Maggy guardó silencio.

Pero al rato exclamó:

—¿Por qué no lloras?

Minou la miró desconcertada.

—¿Llorar? ¿Remediaría mi situación el llanto?

—No, por supuesto. Pero desahogaría. No me explico cómo no lloras. Yo estaría hecha un mar de lágrimas.

Era la diferencia que existía entre las dos. Por algo se complementaban. Precisamente por la dimensión moral que las separaba.

—No creo que llorara, ni aun remediando la situación con el llanto. Escucha, tú sabes que casi siempre viví sola. En un piso enorme, donde perdí a mamá demasiado pronto. Papá era músico. Se pasaba la vida de un lado a otro. Apenas si lo vi en semanas enteras. Un día de vez en cuando, y aquel día que lo veía, era el más grande de mi vida. ¿Sabes lo que ese día, en varios meses, significó en mi existencia? El sentimentalismo. Soy dura y a la vez tremendamente blanda. Creí en Peter y le amé. Estoy segura que él también me ama. Pero..., no era el hombre que yo amaba. Es como cuando deseas algo con ferviente ansiedad. Tardas mucho en conseguirlo, y cuando lo tienes en tus manos, lo miras y te das cuenta de que no es aquello que tú deseabas. Aquello que querías fervientemente. Es un trozo de trapo inservible, cuando tú creías que era un modelo de alta calidad. Eso me ocurrió. No volverá a sucederme.

—Si eres sentimental...

—No era eso siquiera. Yo creo que se debió todo a la soledad de mi vida. A ese ansia que tenemos los seres aislados de un poco de comprensión y convivencia. —Se alzó de hombros con amargura—. Después, al fallecer papá me fui con los tíos. Nunca me comprendieron. Entiende esto. No porque ellos no lo intentaran. Es que no sabían. Como no han sabido ofrecerme una ayuda moral, y darme, al menos, un poco de consuelo. ¡Dinero! Eso no mitiga las penas del alma, ni las desilusiones. ¿LO, entiendes?

—Lo entiendo perfectamente. Pero como no vamos a pasar la vida hablando, hemos de dejar a un lado la charla y buscar una ayuda. Hay miles de anuncios.

—De acuerdo.

—Los tengo aquí. Previendo esto, los he comprado cuando fui a buscar el desayuno.

* * *

—Mira.

Maggy dejó de comer el bocadillo de jamón y levantó los ojos por encima de los lentes.

No los usaba siempre. De un tiempo a aquella parte los necesitaba para leer y escribir. En aquel instante los tenía colocados sobre la nariz, porque, a la par que engullía el bocadillo, estaba contemplando uno de sus escritos destinados a la revista.

—¿Qué es?

—Un anuncio interesante.

—Para ti no vale en estos momentos, sea cual sea.

—Pero después...

—Ahora, descansa. Ya sabes lo que te dijo el médico. ¿No has ahorrado con tu tremendo trabajo para descansar cuando llegara el momento? Pues descansa. El momento está al llegar.

—No obstante, esto me interesa. Reúno las cualidades que se exigen aquí. Un pintor. ¿Conoces a Charles Boileau?

—¿Y quién no? Nadie le desconoce en París. Es un buen pintor cuando quiere. Pero con frecuencia se comercializa demasiado. Gana mucho dinero. Expone dos veces por año, pero... ¡Ah, ojo! Cuando expone sus cuadros, son de inmejorable calidad. En cambio, si le encargan un retrato, te pinta preciosa, aunque seas un loro. Eso no se lo perdona la crítica.

—A mí me importa un bledo lo que él haga. Paga bien por posar.

Maggy se levantó y dio algunas vueltas por la sala, sin dejar de comer el bocadillo. Se quitó las gafas y las ocultó en el bolsillo superior del blusón que vestía.

—¿No trabajas bastante? En estos meses has estudiado sin cesar. Has subido y bajado más escaleras que un deshollinador. Creo que, de momento, pasarás de aquí al sanatorio, y luego..., Dios dirá.

—De todos modos...

Maggy levantó una ceja.

—¿Qué diablos estás pensando?

—Que vayas tú a pedir ese trabajo para mí. Puedes decir que estoy de vacaciones... Que soy como... soy. Y que me presentaré a él dentro de un mes.

—¿Supones que bastará?

—No lo sé. Pero tú escribes en una revista que se está imponiendo. Empiezan a conocerte. De intelectual a intelectual...

—¿Consideras a Charles Boileau un intelectual? ¿Y a mí? Pero, Minou, tú sí eres una intelectual. Pero yo... Yo... Y ese tipo, que si le encargas un retrato, ya te dije que lo pinta como se lo pidas...

—Pero también sabe pintar con maravillosa calidad.

—Está muy sometido a la crítica por esa razón. No es un pintor puro, ¿lo entiendes?

—¿Cuándo fueron puros los francos?

—¿Qué dices?

—Eso. A mí me interesa el dinero. Voy a tener un hijo y quiero conservarlo.

Maggy fue un poco cruel.

La miró furiosa.

—¿En recuerdo de Peter?

Le pesó en seguida.

—Perdona. Es que...

—No menciones a Peter. Es un ser muerto. Totalmente muerto. Mejor que no haya vuelto a verle. Es posible que haya regresado a Australia, o es posible que esté a la vuelta de la esquina vendiendo pirulís. Pero..., tanto si está aquí, como si está a miles de leguas de distancia, para el caso es lo mismo.

—Lo sé —suspiró, resignada—. Iré a ver a ese pintor y le pediré el empleo para ti. Pero..., ¿no es suficiente lo que tienes?

—Para ahora, sí. Pero, una vez pase todo...

—¿Y el niño o niña?

—De momento, contrataré una persona. ¿Te importa que vivan aquí los dos?

Maggy lo deseaba.

Ella tenía su trabajo. Apenas si se detenía en casa, y al regresar al apartamento, le gustaba sentir vida en él.

—Por supuesto que no.

—¿Qué debo hacer contigo, Maggy?

—¿Hacer?

—Te debo mucho.

Maggy agitó la mano.

—No digas tonterías. ¿No pagas? A mí me has hecho un favor. Yo no vivo pendiente del qué dirán. Además..., ¿quién nos conoce a ti y a mí, y a tantos otros vecinos, en este edificio enorme? Aquí, cada uno va a lo suyo, Minou. No estamos en Auxerre. Por otra parte, desde que tú me ayudas a pagar el apartamento, y comemos a medias por las noches, ahorro algo. Antes, no podía ahorrar un franco. Como ves, estamos mutuamente pagadas.

* * *

—Es una preciosidad —rio Maggy, emocionada—. Si seré tonta. Casi lloro.

—No seas... —¿No lloraba ella? Ella, que jamás lloró..., de repente, se le ponía algo en la garganta y los ojos le picaban mucho—. Le pondré Mike de nombre. Así se llamaba mi padre.

—¿Se lo vas a decir a tus tíos?

—No. ¿Para qué? Mejor que lo ignoren.

—Hoy has recibido el giro.

—¡Ah!

—Y lo llevé a donde me mandaste. Como siempre. Oye..., ¿crees eso normal?

—¿Normal?

Se hallaban ambas en la habitación del sanatorio. Mike en la cuna, haciendo cositas con la boca. Una enfermera, disponiendo el regreso de Minou a casa. Ellas dos hablando bajo, en un rincón de la alcoba.

—Sí, sí, normal. No has vuelto a gastar un franco de esa asignación. Cierto que no lo has devuelto, pero..., ¿no trabajas demasiado? Yo, en tu lugar, gastaba ese dinero. Lo necesitas...

—No. Nunca gastaré ese dinero. Ya no lo considero mío. Es para Mike, para que el día de mañana pueda estudiar sin trabajar tanto. Olvidemos ese asunto. Dime, dime, ¿has ido al pintor?

—Claro. Tiene unos ojos...

La enfermera las interrumpió:

—Ya pueden irse y llevarse al niño.

—¡Oh, gracias!

Maggy se adelantó a su amiga.

—Lo llevo yo. Tengo un taxi esperando abajo. ¿Sabes? He conseguido a una mujer llamada Mitsy. Nos cuesta un ojo de la cara, pero trabajando las dos sacamos más y podremos pagarla. A la par que cuida del niño, nos hará algo a nosotras en el apartamento —cargaba ya con el bultito que era Mike—. ¿Sabes? —añadió, metiéndose en el ascensor con su amiga—. He pensado. ¡Hice más números estos días...! Fíjate bien; comiendo en casa, huyendo de los autoservicios y todo eso, ganaremos dinero. Es decir, Mitsy nos hará la comida. Un poco más de agitación. Más subterráneo y más «bus». Pero a finales de mes, contaremos con una suma más abultada. ¿Qué te parece? De ese modo, y haciendo el servicio para las dos, pagamos a medias.

—Maggy, Maggy. ¿Cómo te las arreglas para ser bondadosa hasta la saciedad y negarte a parecerlo?

—Tonta.

Subieron al taxi que las esperaba.

Ya en el interior, y sin que Maggy soltara a Mike, a quien llevaba tapadito y apretado contra sí, Minou preguntó de nuevo:

—¿Qué te dijo *monsieur* Boileau?

—Me miró.

—¿Te... miró? ¿Nada más?

—Y me desnudó con los ojos.

—¡Oh...!, es de esos. Además, ¿qué?

—Me invitó a cenar esta noche.

—¡Maggy...!

—No temas. Le dije que era una persona muy ocupada.

—¿Y él?

—Me dijo que te presentarás a él dentro de seis días. Se va a Rotterdam a presentar una exposición de su buena pintura.

—¿Te lo dijo así?

—No, qué va. Eso lo dice la prensa de esta mañana. Él solo me dijo que te presentarás a él dentro de seis días. Yo acepté, porque pensé que dentro de seis días estarías nueva.

—Llevo cuatro en el sanatorio. El doctor me dijo que podría hacer vida normal desde hoy mismo.

—De todos modos, yo opino que no se debe jugar con la salud. Así pues, acepté esos seis días de tregua. Añadió *monsieur* Boileau, que paga bien, pero quiere disciplina, puntualidad. Solo ocupa a las chicas durante dos horas de la tarde. Es decir, a ti te correspondería esa hora para posar para un cuadro de no sé qué... Preguntó si eras bella, qué años tenías, etcétera.

—Y tú le diste todos los datos.

—A lo que él contestó que no estaba conforme. Que te presentarás tú y decidiría lo que iba a hacer. Así pues, dentro de seis días...

—De acuerdo. Si puedo compaginar un trabajo con otro y mis estudios..., estaré contenta.

—¿No piensas dejar los estudios?

—No —rotunda—. Solo así, cuando termine la carrera, podré ofrecerle a Mike un porvenir mejor. Pretendo educarle yo misma, y que el día de mañana sea un hombre valiente y firme, y no se acobarde ante el primer embate de la vida.

—¡Ji!

—¿Qué te pasa?

—Tus propósitos son formidables. Ojalá se puedan cumplir.

El taxi llegaba ante la casa de apartamentos.

V

A cababa de dejar el subterráneo, y se adentró en uno de los barrios más típicos de Montmartre.

Llevaba en la mano la tarjeta que le había dado Maggy, con la dirección del famoso pintor.

Al fondo de una hermosa plaza vio el edificio. Una casa enorme, pintada de rojo, de muchos pisos de altura. Minou empezó a contar y calculó que el pintor tendría el estudio, aproximadamente, en el decimosexto piso. Caminó apresurando el paso. Eran las siete de la tarde y anocheecía. Las luces empezaban a encenderse. Aquel barrio ella lo conocía bien. A media hora escasa de camino, adentrándose por una calleja angosta, vivió ella con Peter...

Apretó los labios.

Prefería olvidar aquel asunto.

Su hijo, Mike, tenía diez días. Ella se encontraba perfectamente y con muchos deseos de trabajar. Durante la mañana asistió a clase. Salía a las doce en punto y, hasta las tres, daba tres clases diferentes. Cierto que tenía que bajar y subir muchas escaleras, pero las clases estaban muy bien pagadas y los alumnos eran aplicados. A las cuatro asistía de nuevo a clase, hasta las siete. Disponía, pues, de dos o tres horas para posar, en el supuesto de que se pusiera de acuerdo con *monsieur* Boileau.

Pensando así se adentró en el anchísimo portal. Las luces en la calle y en el interior del portal se confundían. Parecían parpadear las de fuera y temblar un poco las del portal.

Se perdió en el ascensor y pulsó el botón del decimosexto piso.

Los periódicos decían que el pintor había regresado de Rotterdam, donde, según parecía, había tenido un éxito rotundo, y no era fácil en Holanda hacerse con un éxito de tal índole.

El ascensor se detuvo y Minou buscó la puerta del fondo, tal como Maggy le había indicado.

Estaba cerrada. Pulsó el timbre. Tardaron en abrirle. Oyó pasos lentos, fuertes, pero sin prisa. Después se abrió la puerta.

—Hola. ¿Qué desea?

—Vengo por lo del anuncio que insertaron hace cosa de quince días.

—Lo tengo todo ocupado —dijo el pintor amablemente.

—Mi amiga Maggy ha venido por aquí... Usted le pidió que viniera yo...

—¡Ah! —le franqueó la entrada sin dejar de mirarla—. Pase. Hablaremos.

Minou pasó.

Vestía una falda estrecha, un suéter de cuello de cisne, una gabardina encima, atada a la cintura, y calzaba botas altas, pues, aparte del frío, había llovido durante toda la tarde y ella

regresaba en aquel instante de la Facultad. Llevaba los libros bajo el brazo, y su serena mirada parecía tan apacible como su voz.

—Siéntese —ofreció el pintor.

Era un hombre alto, sin serlo demasiado. Ni delgado ni gordo, y, por supuesto, no era un ser apolíneo. Tenía los ojos más desconcertantes que Minou había visto jamás. Eran castaños claros, como la miel, contrastando con la negrura de su pelo lacio, algo descuidado, limpio, pero con pelusa en la nuca. Vestía en aquel instante un pantalón pardo, una camisa verdosa y, sobre ella, un mandilón manchado de acuarela, largo hasta un poco más arriba de la rodilla. Tenía la pipa colgando del bolsillo superior del mandilón, y en aquel momento la extraía, la metía en la boca y miraba a Minou con creciente curiosidad.

—De modo que aspira usted a posar para mí.

—¿No tiene más modelos?

—Claro. Cada hora tengo una modelo. ¿Puedo verla mejor? ¿Quiere quitarse las botas y la gabardina?

Minou parpadeó.

—¿Las... botas?

—No puedo apreciar sus piernas —dijo él sin quitar la pipa vacía de la boca y dando vueltas en torno a la joven—. Veamos. ¿Las quita?

Minou dudó un segundo.

—Pues...

—Bueno —rio él, cachazudo—. No se las quite. No es preciso. No tengo empleo para usted.

Minou le retó con la mirada, lo cual, en cierto modo, acució el interés del pintor.

—¿Y si me las quito?

Charles se rascó filosóficamente la barbilla.

—Tendría una oportunidad.

—¿Usted o yo?

La chica no era tonta.

Él estaba habituado a tratar muchachas bobas del todo. Llegaban allí, se deslumbraban y hacían lo que él dijera.

¡Puaff!

Aquella era distinta.

—¿Se quita las botas o se marcha?

Minou se inclinó, descorrió las cremalleras y giró en torno al pintor.

—Ya está. ¿Qué le parezco?

Charles la miraba con los párpados entornados. Tenía los brazos cruzados bajo la barbilla, y, mientras con una mano sujetaba la pipa sin sacarla de la boca, con la otra se rascaba la nuca lentamente.

—La gabardina —dijo sin moverse.

—¿Es que voy a lucir modelos en este estudio, maestro?

—Es usted una impertinente.

—¿Me la quito o me la dejo?

—¡Quítesela!

* * *

Minou, sin inmutarse en absoluto y sin considerarse asustada por la extravagancia del famoso pintor, empezó a dar vueltas por el estudio, seguida por los ojos entornados del artista.

Se fijó en el inmenso estudio. Era amplísimo. Había cuadros por todas partes. Colgados en la pared. Amontonados en las esquinas, unos sobre otros. En el caballete... Un tresillo al fondo. Los cortinones, que seguramente pertenecían a los vestuarios de las modelos. Una mesa baja al otro extremo, y anchos ventanales que daban a la estancia una claridad absoluta, pues, siendo de noche, entraba incluso la luz de los edificios vecinos, confundándose con las propias luces del estudio.

—Siéntese —ordenó Charles—. Veamos si le convienen las condiciones. Es usted bella, no perfecta, por supuesto, pero muy atractiva. Puede servir de modelo exclusivo para varias cosas que tengo yo metidas aquí —y llevó el dedo a la frente—. No sé si nuestros caracteres coincidirán, pero..., voy a probar.

—¿Y qué tiene que ver el carácter de cada uno de nosotros para posar?

—Mucho. Me fastidia tratar a chicas impertinentes. ¿Qué hace usted durante el resto del día?

—¿También tiene que saberlo?

—Debo saberlo, y, de hecho, quiero saberlo.

Minou estuvo a punto de echar a correr.

No le agradaba el hombre. Era..., ¿qué era? Tenía razón Maggy. Ella se quitó la gabardina y las botas, prendas que se ponía en aquel momento, sin dejar de pensar.

—Estudio filosofía.

El pintor la miró con más detenimiento.

—¿Estudia..., ha dicho?

—Eso hago. Doy clases por las mañanas para ayudarme en el pago de los estudios. Y necesito el dinero que gane aquí para costearme esos estudios.

—¿Debo felicitarla por sus méritos?

—No lo pretendo. ¿Me acepta o no?

—Siéntese —rio flemático, dignándose quitar la pipa de los labios—. Veamos. ¿Qué desea ganar y de qué horas dispone?

—De siete y media a nueve y media, si es que a usted le interesan dos horas.

—Menos, no.

—De acuerdo.

—¿Dónde vive?

Minou no estaba dispuesta a meter en aquel asunto su vida privada.

—¿También eso debe saberlo usted?

Charles agitó la mano en el aire y señaló la butaca.

—Hágame el favor de sentarse. No suelo ser tan correcto con mis modelos. Pero debo manifestarle que usted me impresiona un poco. Siéntese, porque yo tengo deseos de hacerlo, y mi corrección me impide hacerlo antes que usted.

Minou se incrustó en una butaca y cruzó una pierna sobre otra.

—¿Fuma usted?

—No mucho.

—Se lo pregunto, porque yo nunca tengo cigarrillos. Lo cual quiere decir que, si usted tiene la costumbre de fumar, no se olvide de traerlos cuando venga aquí.

Era un cínico o un mal educado. Pero a Minou le tenía muy sin cuidado lo que él fuese.

—No se preocupe. Eso carece de importancia. No tengo vicio de fumar y, si lo tuviera, sabría doblegarlo.

—Ajajá.

—¿Le ocurre algo?

—No. Pensaba. Concretemos —añadió sin dejar de mirarla, con aquellos ojos gatunos impertinentes—. Vendrá todos los días, de siete y media en adelante.

—¿Sin hora para terminar?

—Eso por supuesto. Un pintor sabe cuándo empieza, pero nunca cuándo termina. De todos modos, puedo asegurarle que no tendré gusto alguno en retenerla. Cuando termine podrá irse. Ganará usted —aquí mencionó una cifra que dejó paralizada a Minou— siempre que se comporte como yo deseo. Puntualidad, formalidad y sin faltar un solo día. Me dará su número de teléfono, por si un día no la necesito. Tengo intención de hacer varios cuadros para un encargo especial. Una muchacha en el prado. Una muchacha en el río. Una muchacha pescando. Una muchacha en la terraza... Usted puede ser esa muchacha. Reúne cualidades. Tiene personalidad, y, si bien no es una belleza clásica, es muy bella —se puso en pie—. Ya lo sabe. Empezamos mañana.

Fue hacia un mueble y abrió un cajón.

—Este dinero es un adelanto.

—No se lo he pedido —saltó Minou.

—Pero seguro que no dispone de él, puesto que viste usted muy mal.

—¿Acaso también eso significa mucho para usted?

—¿Para mí? —la miraba burlón—. Para mí, no, por supuesto. Pero sí para el pintor. Detesto a la gente mal vestida. A la mujer, se entiende. Tampoco resisto al hombre muy atildado. Todo lo que censuro de más en el hombre, lo echo de menos en la mujer.

Puso en la mano de Minou aquel sobre. Después, riendo, añadió:

—¿Quiere cenar conmigo esta noche?

—No —rotunda.

Él empezó a reír.

—Conocía su respuesta. Por eso ahora ya sé cómo es. La conozco, quiero decir, algo mejor. Buenas tardes, señorita...

—Minou Fonteyn.

—Buenas noches.

—Buenas.

—Hasta mañana.

VI

—**D**a gusto vivir aquí —rio Maggy, enternecida—. Oyendo a Mitsy ir de un lado a otro. Viéndote a ti ahí. La mesa puesta y el olor a comida casera —se inclinó sobre la mesa—. ¿Sabes, Minou? Hace más de diez años que no siento esta paz. Este sabor de hogar.

—Sí...

—¿Qué te pasa? Estás distraída.

—Me revienta —dijo entre dientes.

—¿Reventarte? ¿Quién?

—Charles.

—¡Ah!, es verdad. Hace más de una semana que no te pregunto —miró el reloj—. ¿No has venido hoy muy tarde?

—No sé ni la hora que es.

—Las diez y media.

—Salí de allí a las diez menos cuarto. Quería traerme en su auto.

—Mal asunto, ¿no?

—Peor. Es un hombre impertinente, con una personalidad arrolladora, que no te da opción a juzgarle, precisamente por el peso de su indescriptible personalidad. Cuando crees que va a decir una cosa, te dice otra. Y cuando te está mirando y crees que te ve, te das cuenta de pronto de que no te ve en absoluto. Es desconcertante.

—Un artista.

—Eso sí.

—Paga bien.

—Por supuesto.

Maggy la miró enternecida.

—Estás guapísima desde que cambiaste de modo de vestir. ¿Qué dicen tus compañeros de Facultad?

—¡Bah!

—¿No dicen nada?

—Maggy, ya me conoces. He tropezado en una piedra, pero yo te doy mi palabra, y puedes en verdad creerla, que jamás volveré a tropezar en otra parecida. Por tanto, la admiración de mis compañeros me tiene sin cuidado. Nunca sabrán lo que ocurrió con Peter. Me preguntan por él, pero yo... —se alzó de hombros—. ¿Qué puedo saber de un hombre que ya nada significa en mi vida?

—Nadie conoce la verdad de tu vida.

—Nadie.

—Mejor. Sigamos con el pintor. ¿Qué has hecho durante los quince días que llevas posando?

—Tiene varios lienzos preparados. A veces tengo que esperar sentada en un rincón, a que él finalice con otra modelo. Otras, ya está solo cuando yo llego. Me cambio, poso de la forma que me indica y absoluto silencio hasta que da por terminada la sesión. Después pretende invitarme a algo, a cenar, a salir, al teatro.

—Hará con todas igual.

—Supongo, porque hay noches que, al salir del estudio, me encuentro con una joven que entra.

—Se dicen muchas cosas de él. Tiene fama, dinero, es joven... ¿Cuántos años le calculas?

—No más de treinta, pese a su mirada, a las arruguitas que se le forman en torno a los ojos y a su madurez física. A veces parece un joven fiel y charlatán. Otras, un viejo decrepito, mudo. Es un hombre desconcertante.

Mitsy apareció en la esquina del apartamento, portando los postres.

—¿Qué tal Mike, Mitsy?

—Es tan buenecito. Solo sabe comer y dormir.

—Mejor. Así crecerá en seguida.

Y bajo, cuando Mitsy desapareció:

—¿Sabes, Maggy? A veces siento una angustia.

Maggy abrió muchos los ojos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No sé. Me da pena de Mike, de mí, de ti, que nos soportas, incluso de Mitsy, que no hace otra cosa que trabajar para los demás. ¿Es la vida un viaje placentero?

—Si empiezas a desesperarte...

—No; eso no. Lo que ocurre es que me siento... como abrumada. Como frustrada. Terminaré la carrera. Ganaré seguramente una cátedra, si me propongo ganarla. Crecerá Mike. Nos haremos viejas las dos. Mike encontrará un camino en su vida, que seguirá feliz, como nosotros intentamos seguirlo. Se enamorará de una mujer, se casará, formará su propio hogar. Y al final de este corto o largo viaje que es la vida, ¿qué nos queda de recuerdo a nosotros?

—El bien a los demás.

—¿Es suficiente?

—Debe serlo, Minou. Al menos, por eso luchamos.

Minou se puso en pie.

Estaba hermosa. Tenía el pelo brillante, con aquel castaño claro que contrastaba con el negro azabache de sus ojos. Los dientes iguales y blanquísimos, y aquella nariz recta y fina, que, al palpitar, denotaba una sensibilidad subida.

—No podemos analizar la vida de ese modo, Minou —dijo bajo, con cierto desaliento—. No seríamos jamás felices. Y la felicidad es muy compleja. La siente un pobre, la siente un rico, la siente el condenado y la siente el ser puro. Todo depende de la forma que la enfoques, y con lo que te conformes. No me gusta verte deprimida.

—Tengo como una atadura en la vida, ¿entiendes? Adoro a Mike. Pero..., ¿tengo acaso opción a conocer de nuevo el amor, a vivir mi propia vida?

—Sí. ¿Por qué no? Tú no eres una mala mujer. Ni una perdida. Ni una coqueta, Minou. Has querido a un hombre y se lo has demostrado, porque creías ciegamente en su cariño.

—No es una disculpa. Cada día que pasa... lo siento más dentro de mí... Es... como un lastre insoportable.

—Calla, anda. ¿Quieres que vayamos al cine las dos?

—¡Oh, no! Tengo que estudiar.

* * *

Llegó, como siempre, un poco nerviosa.

Hacia algún tiempo que la entrada a aquel estudio la imponía. ¿Causas? Las desconocía. Intimas, psicológicas, complejas o retorcidas, sin solución plausible. Y si no podían tener solución, era porque desconocía su origen para atacarlas o disminuirlas.

¿La mirada de Charles Boileau? ¿Su sonrisa inalterable? ¿El peso que llevaba en su vida como un lastre?

—Ah, está usted ahí —se hallaba solo y apareció retirando los cortinones, tras los cuales ella se cambiaba siempre de ropa—. Mejor que haya venido pronto. ¿Quiere cambiarse? Hoy posaremos menos.

Estaba vestido.

Era la primera vez que lo veía correcto. Un pantalón gris impecable. Zapatos negros muy brillantes. Camisa blanca con corbata y la americana que, en aquel instante, llevaba en la mano y que dejaba en el respaldo de una silla, poniéndose después el blusón blanco, manchado de acuarela.

—Yo también tengo que salir. ¿Quiere cambiarse?

—Desde luego.

—Está usted hoy... rara.

—¿Rara?

—Me lo parece. ¿No lo está?

—Claro que no.

—Mejor. Tiene que sonreír suavemente. La escena que pienso plasmar en el lienzo ha de ser de una diafanidad absoluta. ¿Puede sonreír así?

Desapareció sin contestar.

Al rato, apareció vestida con un modelo vaporoso, sin mangas, muy descotado y una gran pamea en la mano.

—Perfecta —dijo él—. ¿Quiere tumbarse sobre la hierba? No, no; así, no. No es una postura natural. ¿Qué le pasa a usted hoy?

¿Es que pretendía ponerla aún más nerviosa?

—No me pasa nada —casi gritó—. ¿Por qué había de pasarme algo?

Él sonrió burlón.

—Los estudiantes de filosofía suelen ser algo maniáticos, ¿no?

—No conozco a ninguna maniática.

—Recuerdo que yo tenía un hermano llamado Hugo. Sí; murió después, hace cosa de diez años. Murió, según los médicos, de nostalgia. Yo no puedo concebir que se sienta nostalgia hasta ese extremo. ¿La ha sentido usted alguna vez? —se hallaba a su lado, ayudándola a ponerse natural—. Así, no se mueva. Ahora puede hablar, si lo desea.

—No tengo deseos de hablar.

—Es usted diferente.

—¿Diferente?

Él rio.

Tenía una risa provocadora y cínica.

Los ojos se le empequeñecían y los labios se abrían apenas como un dedal.

Era una risa falsa, sin duda. Al menos, Minou lo consideró así.

—Le hablaba de mi hermano, ¿verdad? —prosiguió sin dejar de pintar. De cuando en cuando mojaba el pincel y rasgaba el lienzo de una pincelada. Se apartaba y se acercaba más. Daba vueltas en torno a ella, que estaba como tendida en el césped. Después volvía a situarse ante el lienzo—. Mi hermano Hugo le dijo un día a mi padre: «Quiero licenciarme en Filosofía y Letras». Papá le contestó: «Todos son tarados». Se negó en redondo. Hugo empezó a apagarse. Una tontería, ¿verdad? Uno no puede tener una afición así, hasta dejarse morir de nostalgia —y de súbito, inesperadamente—: ¿Comeremos juntos esta noche?

Minou se sobresaltó.

—No, gracias —dijo con voz vibrante.

—¿Por qué no?

—Tengo ocupaciones.

—¿Sí? ¿Novio? ¿Marido? ¿Hijos?

Minou se estremeció.

—Vengo aquí a posar. Solo a eso.

—Pero eso —recalcó él— no impide, creo yo, que acepte una invitación formal. Me intriga usted. ¿Qué hace? ¿Solo posar y estudiar y dar clases?

—¿Le parece poco?

—¡Oh, no! Mucho. Demasiado —sin transición—: No se mueva ahora. La nuca hacia atrás. Así... ¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí!, de sus clases, su pose y sus estudios. Me parece mucho, le decía yo. Mucho para los demás. Pero... para usted..., ¿qué hace para usted?

—Todo.

—Claro que no. ¿Qué vive? ¿Supone usted que cuando sea vieja la invitarán a comer?

—¿Ha terminado?

—¿De posar?

—De hablar y de posar.

—Claro que he terminado. Puede cambiarse.

Fue a ponerse en pie, pero él, como siempre, galante y obsequioso, se le acercó con el fin de ayudarla.

—Gracias —dijo Minou, sin aceptar su mano.

Charles no se inmutó. La agarró por el brazo y la impulsó hacia arriba con suavidad.

No la soltó.

La acercó a sí y la miró a la cara fijamente.

—¿Qué diablos le pasa? Se diría que me tiene miedo.

—Claro..., claro que no.

—¿Qué tiene de particular que yo le invite a comer? ¿No como con las otras modelos? Ha de saber que mis modelos son mis mejores amigas.

—Suélteme.

—Por supuesto.

Pero no lo hizo.

Su rostro, tirante y serio, de súbito se curvó, como quien dice, en una suave sonrisa insinuante.

—¿Por qué no quiere?

—Suél...

—Pero... si está temblando.

Era cierto.

No sabía qué le pasaba.

La culpa de todo la tenía su sonrisa y su mirada, y aquella presión en su brazo desnudo.

Charles guardó silencio un rato. Pero no la soltaba. La miraba fija y quietamente. Inmóviles sus facciones.

—Minou..., ¿nunca se ha enamorado de un hombre?

—Suelte... le digo...

Él rio.

Una risa baja y cínica. Más cínica cuanto más tenue.

De súbito, la acercó hacia sí. Minou retrocedió su cabeza. Casi le dolía la nuca, pero Charles iba tras ella y, de repente, la pegó a la pared.

—Suélte... me...

Era grato tenerla así. Indefensa.

Le molestaba aquella personalidad de Minou. Sí, sí, le molestaba mucho. Era la primera vez que una chica modelo se mostraba esquiva y hasta despreciativa con él.

—Perdone —dijo después, soltándola y quedando erguido ante ella, que le miraba con fiereza—. En realidad, no pensaba hacerlo.

Giró sobre sus zapatos.

—No volveré nunca más...

—¿Y le tiembla la voz para decirlo?

—Nunca..., nunca más...

Charles no se inmutó en absoluto.

—Allá usted. Yo siempre tengo modelos disponibles. Usted, no creo que encuentre un pintor que le pague más.

Minou se perdió tras las cortinas.

Charles encendió la pipa y fumó aprisa, un poco nervioso, hasta que apareció de nuevo la joven.

La vio recoger los libros y abrocharse el abrigo deportivo. Era muy linda, pero... ¿Qué tenía aquella muchacha? Era joven, podía divertirse. Estaba en París. ¿Por qué tenía aquella sombra de angustia en los ojos?

—Minou...

La joven ya iba en la puerta.

Se detuvo, pero no giró la cabeza.

—Vuelva —dijo él serenamente—. Le doy mi palabra de honor de que no volverá a ocurrir. En realidad..., no sé por qué ocurrió. Jamás besé a una mujer, si ella no estaba de acuerdo.

Minou abrió sin responder.

—Le pido que vuelva, Minou. Y lo curioso es que no sé por qué se lo pido. Me intriga, o me atrae, no sé lo que es. —Pero avanzó rápidamente hacia ella y la sujetó por el hombro, obligándola a girar—. Si le pido disculpas...

De repente, el rostro femenino quedó ante él. Charles soltó aquel hombro y quedó confuso.

—Minou..., está llorando.

Minou hizo un brusco viraje y salió sin responder.

Charles quedó muy desconcertado.

Pero al rato se alzó de hombros y empezó a reír.

—¿Soy un tonto? ¿Un sentimental?

De un manotazo se quitó el blusón y se puso la americana. Tenía una cita amorosa. No pensaba renunciar a ella por culpa de aquel incidente...

Si no volvía..., tanto peor para ella. Iba a dolerle, pero tanto daba. Ya se le pasaría. Otras cosas le pasaron antes y otras después...

VII

—¿Te ocurre algo? Hace más de una semana que llegas a casa muy temprano.
Minou fumaba en silencio, tendida en el lecho junto a su hijito. Mike dormía plácidamente. No sabía ella por qué lo levantó de la cuna y le tiró suavemente en el lecho. Después se tendió ella a su lado.

Tenía una mano de Mike entre sus dedos, y con los otros libres sujetaba el cigarrillo, que, a pequeños intervalos, llevaba a la boca.

—Minou...

—Te oigo —dijo sin moverse.

Maggy se inclinó hacia ella.

Acababa de llegar a casa. Eran las ocho en punto. Hacía más de una semana que llegaba a aquella hora, y se encontraba a Minou en la misma postura, junto a su hijito, fumando, en silencio, se diría que absorta en sus íntimas reflexiones.

—Minou..., ¿es que no posas para *monsieur* Boileau?

—No.

—Ah... —y tras un silencio—. ¿Desde cuándo?

—Hace quince días.

—¿Por qué?

Lo dijo.

Sin mover los labios, sin mover el cuerpo, rígida y algo tensa en el lecho. Sin soltar los débiles dedos de Mike.

Hubo un silencio.

—Él no sabe...

—No lo sé —cortó—. Es posible que lo sepa. Ningún motivo le di para sobrepassarse. En ningún instante intenté entablar conversación íntima, y mucho menos amistosa. Posé, cobré y salí. ¿Por qué de súbito?

—¿Te importa que lo sepa?

—No —rotunda—. Ya te dije siempre que me responsabilizo de mi culpa. No soy mujer que oculté sus defectos. Los he tenido. Por amor, ¿entiendes? Solo por eso. Creí en un hombre.

—Ya sé tu modo de pensar. Pero suponte por un momento que hayas enamorado a *monsieur* Boileau.

—¿Qué dices? ¿Concibes tú que pueda ese hombre enamorarse?

Maggy tensó el busto.

Se inclinó un poco más hacia su amiga.

—¿Te duele?

Minou respiró hondo.

Saltó del lecho y arropó a su hijito con movimientos automáticos.

Después dejó la alcoba y caminó despacio hacia el centro del salón. Maggy iba tras ella sin atreverse a preguntar nada.

En aquel instante sonó el teléfono. Mitsy salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal.

—Deja —dijo Maggy—. Contestaré yo. ¿Qué les dolerá en la oficina de redacción? Siempre les ocurre algo a última hora —y asiendo el auricular—. Diga...

—...

—¡Ah! —tapó el auricular—. Es para ti, Minou.

Esta, que parecía ajena totalmente a lo que hacía Maggy, giró con rapidez y se quedó mirando a su amiga con expresión ausente.

—¿Para mí?

—Por supuesto. Es... —bajó la voz y apretó el receptor con las dos manos— el pintor.

—Di que no estoy.

—Vendrá... y será peor.

El rostro de Minou se atirantó. Súbitamente se acercó a su amiga y le quitó el receptor de la mano.

—Dígame.

—Hola.

—Hola.

—¿No piensas volver?

Ni siquiera a distancia pensaba tratarla nuevamente de usted.

—No —rotunda.

—Iré a buscar a tu casa una explicación. Al fin y al cabo te pedí disculpas. Visto que no venías, traté de suplirte en el cuadro. No es posible. Tienes que terminarlo tú.

Miró a Maggy como si esta oyera lo que decía *monsieur* Boileau.

Pero Maggy no podía oírlo. Su rostro, además, expresaba una total ignorancia.

—¿Me estás oyendo, Minou? Tengo interés en terminar esta serie de cuadros para los que te contraté. Te ruego que vengas —tenía una voz persuasiva y tenue. Minou pensó en su hijo. En lo mucho que necesitaba para mantenerle y hacerle un hombre—. ¿No me oyes?

—Tengo su palabra de que... me respetará. Yo no entro en el patrón que usted hace de todas sus modelos.

—Ya conozco tus escrúpulos. De acuerdo. Tienes mi palabra, si es que aún... confías en mí — y sin esperar respuesta, añadió—: Te espero mañana a la hora de siempre.

No iría.

Él lo daba por hecho. Pues no iría.

Colgó.

Se quedó mirando a Maggy.

—¿Te duele que él no se haya enamorado de ti?

La misma pregunta.

Hería la tal pregunta.

—Minou..., ¿es eso? ¿No... irás?

—No —seca y breve—. No iré. Es posible que me duela. Es posible que me esté enamorando de él. No iré. No soy tan temeraria como para desafiar el peligro. Conocí el amor. Me dolió haberlo conocido. No... no quiero más complicaciones. Nada sería igual, y nada me defiende ante los demás. ¿Qué puedo aducir en mi defensa física, si tengo una muestra ahí de mi pecado?

—Eres extremista al juzgarte.

—Me avergüenza haber sido ingenua. No volveré a tropezar en la misma piedra.

—Una pregunta, Minou. ¿Y si él se enamorara de ti y te pidiera en matrimonio?

—¿Lo crees posible?

No. No lo creía. Por eso se limitó a encender un cigarrillo sin responder. Minou se derrumbó en una butaca, y también, como su amiga, fumó muy aprisa sin pronunciar palabra.

* * *

Minou, los domingos por la mañana, tenía dos clases. Eran dos clases semanales, por las cuales le pagaban una cantidad nada despreciable.

Por eso, aquella mañana, Maggy se hallaba sola en casa, con Mitsy en la cocina, y Mike tendido a su lado, en una primorosa cuna, durmiendo como un bendito.

Cuando sonó el timbre de la puerta, creyó que sería Minou, pues muchas veces se le olvidaba la llave.

—No salgas, Mitsy —le dijo a la fámula—. Iré yo a abrir.

Se acercó a la puerta, y entretanto abría, comentaba.

—Tienes una memoria de pájaro, Minou... ¡Oh! —exclamó al ver al pintor—. Usted...

Vestía de oscuro.

No llevaba gabán y sujetaba el sombrero en la mano.

—¿Puedo pasar? Deseaba hablar con su amiga.

Maggy lo dudó un segundo.

El niño allí. Minou al volver... ¿Qué debía hacer ella?

Confusa le franqueó la entrada.

—Pase.

—Gracias.

Maggy cerró, y aturdida solo pudo decir:

—Deje ahí el sombrero. Sobre la consola. Sí, pase, pase.

La entrada del apartamento era un amplio salón separado entre sí por los mismos muebles. Biombos, testers y tresillos.

Costaba caro porque era amueblado con todo, y alquilado a un alto precio, pero una no tenía por qué preocuparse por nada, únicamente reponer lo que se rompía, y ellas dos nunca rompían nada.

Monsieur Boileau caminaba detrás de Maggy mirándolo todo con creciente curiosidad. El apartamento tenía ambiente femenino. Flores, cuadros vistosos, aunque muy malos, moqueta en el suelo. Primorosos paños de encaje...

—Caramba —rio, deteniéndose ante la cuna—. Es un niño precioso —se volvió hacia Maggy—. ¿Suyo? ¿Es usted casada? —y sin esperar respuesta, añadió galante—. Muy joven para estar casada y tener un hijo. ¿Cómo se llama ese angelote? Creo que sería estupendo que me dejara pintarlo. ¿Lo hará?

—Siéntese, *monsieur* Boileau.

Charles esperó a que se sentara ella y después se dejó caer enfrente.

—Dirá que soy un entrometido. La verdad es que estoy comprometido con esos cuadros, para los cuales contraté a su amiga. Me ha dejado colgado, como quien dice.

Maggy pudo decirle que la culpa la tenía él, pero consideró que no debía de hacerlo.

—Por eso estoy aquí —añadió Charles mansamente, con aquella personalidad suya que lo llenaba todo—. Su amiga quedó en volver y no lo hizo. Ya sabe que la semana pasada hablé con usted por teléfono. Estaría presente cuando hablé con Minou. Me dijo que volvería.

—Estaba presente —murmuró Maggy inalterable—, pero no oí que le hiciera tal promesa. En cambio...

Él pareció nervioso.

Juntó las manos. Las separó, y riendo preguntó.

—¿Puedo fumar? Siempre lo hago en pipa. ¿Molestará a su hijito?

Pudo decirle que era hijo de Minou. No supo ni ella misma por qué se calló. De todos modos, creyó conveniente no decirlo.

—Puede fumar —dijo únicamente.

Charles encendió la pipa y fumó despacio. Después comentó, riendo:

—Ya sabe lo que somos los pintores, los artistas, quiero decir. Usted lo es un poco. Nos conoce mejor. También se dedica al arte...

—¿Y bien?

—Pues... cuando un artista ve algo bello, se emociona. Si estuvo oyendo la conversación entre su amiga y yo, se daría cuenta de que... yo no fui todo lo correcto que se debe ser.

—Me la di.

Era desconcertante.

Charles mojó los labios con la lengua.

No se explicaba por qué estaba allí, después de un mes de haber dejado Minou su estudio. Él jamás se disculpaba. Vivía la vida tal como se presentaba esta. Tenía amores en todas las esquinas y aventuras interesantes en cualquier momento. Siendo así, se preguntaba perplejo, qué podía a él importarle haber fracasado con aquella chica, teniendo, como tenía, cientos de ellas a su disposición.

VIII

No pensaba levantar una polémica de lo sucedido.
Por eso se limitó a decir, soslayando todo lo demás.

—¿Cree usted que Minou volverá a mi estudio?

—Si no ha vuelto... supongo que no volverá ya más.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció Minou.

Pálida, debido al frío, con las manos enguantadas sujetando el paraguas, y el impermeable de piel salvaje color marrón salpicado de nieve...

—Hace una mañana pésima... —vio a Charles—. ¡Ah...!, es usted.

Charles estaba de pie, esperándola. Maggy, un poco nerviosa, mirando, ora a uno, ora a otro.

—¿Cómo estás? —preguntó él tuteándola.

Alargó la mano.

Minou miró la cuna de su hijito, después a Maggy, y dio la mano al pintor. La mano enguantada, fría, húmeda.

—Venía a pedirte que volvieras —dijo Charles, dentro de aquella su personalidad inflexible—. Te lo ruego —se echó a reír con desenfado—. Es la primera vez que ruego algo. Es decir, la segunda. En una ocasión, teniendo apenas quince años, le rogué a mi padre que me permitiera venirme solo a París.

Dejó de reír y fumó aprisa.

Expelió una gran bocanada y añadió seguidamente.

—No me lo permitió.

—¿Y qué hizo?

—Huir. No volví a Rotterdam hasta que hube triunfado. Costó mucho. Nadie sabe cuánto. Hay que estar en ello, palparlo día a día para darse cuenta —de repente se volvió un poco hacia la cuna—. Le decía a tu amiga que tiene un hijo precioso.

Maggy se menguó. Parpadeó y buscó los ojos de Minou, que encontró rápidamente. Muy abiertos. Muy desconcertados.

El pintor añadió suavemente:

—Es un angelote precioso. A mí me gustan mucho los niños —miró a Maggy—. Aún no me dijo si me permitiría pintarlo. Vendría aquí con mucho gusto. Ya sé que a un niño de esa edad, no es posible sacarlo de casa con este frío. La verdad —añadió como si tuviera mucha prisa en decirlo todo—. No suelo desplazarme a casa de nadie. No lo hago, de hecho, nunca. Pero esto sería diferente. Si usted me da su permiso —siempre refiriéndose a Maggy, que parecía más

tranquila, ya que Minou callaba, y a ella no le importaba cargar con la responsabilidad del niño —, mañana mismo comienzo. Una hora al día. Así. Con la calefacción encendida y el niño destapadito en su cuna. ¿Me permite que lo destape?

—No.

Maggy respiró fuerte.

Charles miró a Minou con expresión asombrada.

—No —volvió a decir Minou con voz ahogada—. No tiene que darle el permiso Maggy. Ese niño es mi hijo.

Maggy cayó sentada en la butaca que tenía tras ella.

Charles no parpadeó.

Sus ojos canela se menguaron dentro de las órbitas. No hubo en su semblante ni una crispación, ni una pequeña sombra de perplejidad. Solo, eso sí, se abatieron los párpados sobre los ojos, y las dos mujeres se preguntaron qué efecto le hacía aquella revelación.

—Casada... Es asombroso —dijo riendo, con aquella risa suya personal, que no llegaba a los ojos, que solo relajaba un poco su larga boca—. No lo hubiera dicho. Es jovencísima.

La trataba de usted.

¿Por respeto a su matrimonio?

Maggy miró a Minou como rogándole desesperadamente que se callase.

Pero intuía, sabía ya, que Minou no se callaría, porque el silencio sería como una humillación, y ella no era mujer que se considerase humillada.

—No —dijo.

Maggy se menguó más en la butaca.

Observó que el pintor mordía la pipa y aspiraba el humo con más fuerza.

—¿Viuda...? Un papel muy... interesante.

—Soltera —dijo Minou.

Y al mismo tiempo, empujaba la cuna de su hijo y se dirigía con ella tras el biombo.

Hubo un silencio.

Maggy empezó a hablar de la nieve y el frío.

Se le atropellaban las palabras en la boca.

Charles Boileau no parecía precipitado, ni asombrado siquiera, y mucho menos aturdido. Serenísimo, tranquilísimo, flemático como siempre, levantó la manga de la camisa y consultó el reloj.

—Tengo que irme. ¿Le dirá usted a su amiga que vendré mañana dispuesto a pintar a su hijo?

Minou aparecía de nuevo.

—¿No le basta pintarme a mí en su estudio?

Él rio.

Aquella risa...

¿Qué ocultaba aquel hombre bajo su media sonrisa?

—Por supuesto que no. Tiene usted un hijo precioso. ¿Puedo contar con usted esta semana? Le ruego que me dé una respuesta afirmativa o negativa, pero firme.

Maggy esperaba que Minou dijera que no.

Lo esperaba con ansiedad.

Pero Minou ni siquiera la miró.

—Sí. Iré mañana.

—Gracias —se inclinó ante ambas—. La espero mañana.

¿Por qué no la tuteaba?

¿Por qué no preguntaba nada?

¿Por qué se mantenía inflexible y amable, como si no acabara de conocer una faceta de su modelo, desconocida para él hasta entonces?

—Después, si le parece, hablaremos de las sesiones que dedicaré a su hijo.

—Hablaemos...

—Señorita... —se inclinó ante Maggy—. Hasta otro día —la miró a ella—. Minou, hasta mañana.

Se fue.

Cuando se cerró la puerta, Maggy empezó a farfullar palabras airada.

—Eres tonta, tonta, tonta.

* * *

Minou no parecía ni desesperada ni aturdida. Y, mucho menos, dolida.

Es más, se diría que una súbita tranquilidad la invadía totalmente, desde lo más profundo de su ser, hasta la más absoluta superficialidad de su persona.

En cambio, Maggy daba vueltas y vueltas por el salón, sin cesar de murmurar furiosa:

—Eres tonta. ¿Qué necesidad tenías? Di, ¿qué le importaba a ese? ¿Qué crees que pensará? ¿Por qué tienes tú que descubrir tu intimidad?

—Cálmate y siéntate —pidió Minou encendiendo un cigarrillo y fumando muy aprisa—. No tengo por qué cargarte a ti con una culpa que no has tenido. Además, me humilla, me descompone que él crea que soy una jovencita inexperta, cuando tengo en mi haber una triste y terrible experiencia. No sé si es mi orgullo o mi dignidad. No te lo puedo decir, Maggy. Lo que sí supe siempre, fue que diría la verdad.

—¿Quién te la preguntó?

—Maggy, por favor, no discutamos una cosa que no me interesa. Es más, creo que hice muy bien. Es una barrera. Muy bajo tiene que ser ese tipo, si ahora pretende aprovecharse de una situación más bien equívoca. En cuanto a mí, tengo más armas con que defenderme.

—Pero tú estás interesada por él.

—Eso es aparte. Puede que lo esté. Tiene una personalidad para mí desconocida hasta ahora. Es, a mi juicio, el reverso de la medalla del hombre que he amado. Es fuerte, enérgico, personal, y no lo dice. ¿Entiendes? Pero eso tampoco tiene mucha importancia.

—¿Y por qué has dicho que irías mañana?

—Porque iré.

—Ahora, así... estás más indefensa.

Minou fue al lado de su amiga y le palmeó el hombro.

—Al contrario, Maggy. Ahora sí que siento fuerza y valor. Ahora puedo enfrentarme con él. Ahora ya sabe, *monsieur* Boileau que no soy una niña. ¿No te has fijado? —se echó a reír sarcástica—. Hasta me ha tratado de usted.

—Te burlas de tu dolor.

—Me burlo de lo que estará pensando *monsieur* Boileau.

Hubo un silencio.

—Minou...

—Sí.

—¿Es tan íntimo, tan fuerte, tan indoblegable lo que te pasa a ti con el pintor?

Minou sonrió.

—No, Maggy. Por favor, ¿no te lo dije una vez? Jamás volveré a tropezar en la misma piedra. ¿Para qué sirve la experiencia? No te olvides que tengo una meta trazada. Licenciarme, ganar una cátedra, ocuparme de mi hijo. Solo eso, Maggy. Algún día podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí. Pero en modo alguno podía permitir que cargaras con un hijo que nunca has tenido.

Al día siguiente, cuando salía de la Facultad, alguien la llamó.

—Minou...

Se volvió apenas.

Tenía el tiempo justo de alcanzar el Metro para ir a la casa de *monsieur* Boileau. Por nada del mundo faltaría a aquella cita. En modo alguno asimismo podría permitir que Charles Boileau pensara que le temía.

—¡Ah! Eres tú, Dick. ¿Qué ocurre?

Dick, un estudiante de segundo curso como ella, se detuvo a su lado jadeante, apretando los libros que se le escurrían de entre las manos.

—Oye, quería preguntarte por Peter. ¿Sabes dónde anda?

—Ni idea.

—Erais muy amigos.

Muy discreto Dick, muy considerado.

—De acuerdo, Dick, pero, a pesar de eso, no he vuelto a verle.

—No volvió por la Facultad.

—Ya.

—Verás, no sé cómo decirte esto. Peter nos pidió dinero en una ocasión, a Rolando y a mí. Ya conoces a Rolando, ¿no? Anda siempre liado con asuntos de política. A mí solo me interesa la carrera. Peter también andaba siempre muy liado. Lo cierto es que nos pidió dinero. Rolando dice que todo por la causa. Yo no puedo decir otro tanto. Mis padres son labradores, trabajan mucho. Me mandan una pensión y yo tengo que escatimarla cuanto pueda. He tenido gastos extras. Ya sabes, uno tiene que vestirse y a veces anda medio descalzo —enseñó las suelas levantadas—. ¿Podrías tú decirme dónde anda Peter? Yo tenía que pedirle el dinero que me debe.

También eso.

Además de falso, hipócrita y cobarde, indigno y estafador.

—Lo siento, Dick. No sé dónde anda. Siento mucho no poder decírtelo, pero es que no lo sé. Lo nuestro acabó hace muchos meses. ¿Meses? No, más de un año. Bastante más. Desde que Peter dejó la escuela.

—Pues estoy listo —se lamentó Dick, y amablemente emparejó con ella—. ¿Podemos ir juntos, Minou?

—Yo tomo aquí el Metro.

—¡Oh...! Entonces... ¿Otro día?

—Cualquier otro, sí. Adiós, Dick.

Lo sentía. Dick era un buen chico. Nunca suspendía. Trabajaba a veces de camarero en una sala de fiestas, por la noche, para acudir a clase al día siguiente, cayéndose de sueño.

Lástima que ella no se fijara en un chico como Dick. Hubieran llegado lejos los dos.

Se perdió en la boca del Metro y se apretó contra el mamparo de la plataforma. Nadie sabía lo del hijo.

Claro, al salir del barrio, ¿quién podía conocer su intimidad, en una ciudad como París? Además, faltó mucho a clase los últimos tiempo. Y cuando reapareció, no perdió nada en sus estudios, porque estudió sola, con los apuntes que le enviaba una amiga de Maggy, estudiante como ella, pero también, al margen de lo que a ella le ocurría.

Llegó a casa de Charles Boileau cuando este se ponía el blusón. Al verla, no se movió.

—¡Ah, es usted! Pase, pase, Minou.

Mejor que la tratara de usted. Mejor para él, que no mencionara el asunto del día anterior.

No lo hizo.

O era muy inteligente, o muy discreto, y para Minou, que iba conociéndole un poco, ambas cosas.

Posó y cambió de postura todas las veces que él se lo pidió.

Ni mencionó al niño ni sus deseos de pintarle.

Terminó la sesión y ella fue a cambiarse de ropa.

—Hasta mañana, *monsieur* Boileau.

—Hasta mañana. Procure ser puntual.

—Lo seré.

—No ha cobrado usted el mes. Tiene ahí el sobre.

No se hizo de rogar.

Lo recogió y salió.

Así durante una semana.

Ni una palabra, ni una alusión a su pasado.

A la mañana siguiente, cuando se despedía, él le dijo:

—Mañana no venga. Me marcho a Rotterdam.

—De acuerdo.

—Venga justamente dentro de quince días. ¿Prefiere que la llame cuando regrese? ¡Ah!, usted cobrará igual.

—Gracias.

Se fue.

Quince días trabajando y estudiando sin descanso. Llegaron los exámenes de Pascua. Todos salió a la perfección.

Dick le pidió varias veces que le permitiese acompañarla.

Solo una vez se lo permitió. Llegaron juntos hasta la casa de apartamentos donde ella vivía.

—No soy tan buen mozo como Peter —decía Dick con pesar—. Pero tú sabes que estudio bien. Que soy ambicioso. Que aspiro a mucho y lo conseguiré. Tengo veinticuatro años, Minou. ¿No podíamos tú y yo tratarnos más y llegar un día a algo..., algo más íntimo?

¡Pobre Dick!

Él no sabría cargar con aquella culpa de Peter. No sabría disculparla ni perdonar. Pero, aun así, le agradeció su invitación para el futuro en común.

—No, Dick. Tú eres un chico muy trabajador. Yo también tengo una meta. Pero sin amor, ¿sabes?

—Sin amor... ¿Y por qué? Tú eres guapísima, gentil, inteligente, y aunque uno no quiera, invitas a amarte en silencio, reverenciosamente.

¡Pobre Dick!

—Gracias de todos modos, Dick.

—¿No vas a pensarlo?

¿Qué trabajo costaba dejar la respuesta en el aire? No iba a pensarlo, pero se calló.

Dick interpretó su silencio como una promesa.

—Gracias, Minou. Gracias. Te amo desde hace tanto tiempo...

Ni se lo contó a Maggy. ¿Para qué? Era perder el tiempo en hablar tonterías.

A los quince días justos, cuando llegó a casa, Maggy le dijo:

—Te llamó *monsieur* Boileau. Dice que ya está de regreso, que puedes volver mañana.

—¡Ah!

—¿Sabes? Me vi en un apuro. Me dijo si podría pasar la Nochebuena con nosotros.

Minou se crispó.

—¿Qué le has dicho?

—Pues... nada. Me lo rogó, y yo le dije que hablaría contigo mañana.

—No. No quiero verle aquí.

—Minou...

—No —casi gimió—. No...

IX

La puerta estaba abierta.

Alguna vez ocurría. Se iban las modelos y el pintor se entretenía en fumar un cigarrillo, olvidando la puerta que sus modelos, según salían, dejaban abierta. A aquella hora de la noche, la única modelo pendiente era ella.

Todas las luces estaban encendidas. Se diría, al entrar en el estudio, que lucía el sol a pleno día, así de claras y diáfanas eran las luces que iluminaban el amplio estudio.

Cuando aquella noche entró, Minou no se preocupó de mirar a parte alguna. Fue directamente al perchero, se quitó el abrigo y las botas, calzó los zapatos que allí tenía y se adentró, enfundada en su modelo de lana que modelaba su cuerpo maravillosamente, tras el biombo donde se vestía todos los días.

—¿Qué modelo debo ponerme hoy? —preguntó, deteniéndose apenas, con la mano extendida hacia el biombo.

No había visto a Charles, pero estaba segura de que se hallaría tendido en alguno de los butacones que había por el salón.

En efecto, la alta figura surgió de un sillón de cuero negro.

—¡Ah, está usted ahí! —se acercaba a ella sin quitarse la pipa de la boca—. ¿Cómo está, Minou?

Alargaba la mano.

Minou lo dudó un segundo.

Pero al fin, puso sus dedos en aquellos otros. Los oprimió con cálida fuerza. Un rato largo. ¿Nostalgia de no haberla visto en quince días? ¿Ansiedad incontenible? Los dedos parecían hablar. Por eso, Minou, nerviosa, los rescató y volvió a preguntar sin mirarle:

—¿Qué me pongo?

—¡Ah, sí...! Pantalones blancos. Los tiene usted sobre el respaldo de un sillón. Un suéter rojo..., descalza. Trencé el pelo, ¿quiere? Deje la coleta a un lado de la garganta. ¿Le ayudo?

Le miró desconcertada.

—Por supuesto que no...

—De acuerdo. De todos modos, si no se arregla sola en cuanto al cabello, no tendré inconveniente en ayudarla. Es costumbre en mí.

No le preguntó cómo le había ido en Rotterdam.

No le interesaba.

O tal vez, le interesaba mucho, pero... en modo alguno pensaba interesarse por él, o demostrar que se interesaba.

Se perdió tras el biombo y procedió a su transformación. Era la primera vez que le pedía ponerse pantalones. Tiró los zapatos con cierta rabia, se cambió de ropa y se miró al espejo.

Se diría que los pantalones eran hechos a su medida y el suéter, no precisamente muy ajustado, daba a su busto una esbeltez extremada. Abierto hasta casi el principio del seno. Con un breve cuello pequeñito, suelto, y un bolsillo pequeño, superior, haciendo su atuendo más deportivo.

Procedió a trenzarse el cabello. Lo había lavado aquella misma mañana, sin peluquería, pues dado el corte de su cabello, lacio y sedoso, jamás tuvo la necesidad de colaboración de un peluquero para hacerlo brillar. Era brillante de por sí, y en aquel momento le costaba trenzarlo, precisamente por estar tan limpio.

Sus dedos parecían enredarse nerviosamente, pero, al fin, logró su propósito. El cabello, de un castaño claro, como oro viejo, quedó trenzado, cayendo hacia la garganta, llegándole un poco más arriba del pecho.

Salió.

Charles preparaba los pinceles. Ya no tenía la pipa en la boca, y su atención parecía puesta en lo que estaba haciendo.

No obstante, al sentirla, sin verla, pues no levantó los ojos, dijo únicamente:

—Siéntese en ese tronco —la miró. Quedó un tanto confuso. ¿Qué pasado había vencido a aquella muchacha? Era diferente a todas, y seguro que ninguna tenía un hijo. ¿Por qué aquella diferencia? ¿Y por qué aquella arrogancia desafiante, cuando tenía algo que debía humillarla?—. Está usted muy bella vestida así...

—¿Dónde me siento y cómo? —preguntó por toda respuesta.

Charles, dejó el caballete y los pinceles colocados en la paleta. Depositó esta en la mesa que tenía a su alcance y fue hacia la joven.

—A horcajadas. Fijese bien. Mirando al frente. La mirada un poco extraviada. Como si lo que ve le causara asombro y ansiedad, o si lo prefiere, estupefacción.

Iba a tocarla.

Iba a indicarle cómo tenía que sentarse.

Pero Minou se le adelantó. Descalza, con aquellos pantalones y aquel suéter rojo parecía aún más bella y más joven, y, en contraste, más joven, y, en contraste, más madura y pensadora su mirada.

—¿Así?

—Un poco más ladeada. No se mueva... Así..., así...

Se situó tras el caballete y empezó a trazar rayas con el carboncillo. Durante más de un cuarto de hora, no pronunció palabra. Estaba enfrascado en su labor, tanto, que se diría que estaba solo.

Pero no lo estaba y él lo sabía. Cuando terminó de trazar la estructura de aquella figura casi plástica, espetó de pronto, con raro acento:

—¿Cuándo fue?

* * *

Bruscamente, la joven volvió el rostro hacia él.

—No —murmuró Charles quedamente—. No se mueva.

—Pero...

—Podemos... hablar.

—¿Hablar? ¿De... qué?

—De usted.

—No.

—Ya.

Le dolió su resignación.

¿Por qué le dolía?

¿Qué estaba sintiendo y pensando ella?

Todo estaba fuera de lógica. ¿A qué se refería con aquel «cuando fue»?

—Miró hacia el fondo. Eso es... —trazó unas líneas. De repente... volvió a preguntar—: ¿Le quisiste mucho?

Así.

Tuteándola y adentrándose de lleno en su intimidad.

No iba a permitirlo.

—Tuviste que amarle mucho —dijo él quedamente, sin soltar los pinceles, mirándola como un profesional que hablaba de todo menos de ella—. No eres tú mujer que se deje engañar.

Silencio.

—¿Dónde está... él?

No pensaba responder.

Pero, en contra de lo que pensaba, se encontró diciendo:

—No lo sé.

Charles soltó los pinceles.

—Puedes..., cambiarte. O... no. Aguarda. ¿Tomas algo antes?

Minou, saltó del tronco.

Miró al frente.

Sus pies se hundían en algo que era esponjoso e imitaba la playa.

—¿Qué tomas?

Él estaba ante el mueble bar, y mientras mantenía las dos puertas abiertas, del armario empotrado en la pared, la miraba interrogante.

—Nada.

—¿Un *whisky*?

—No.

—Permíteme que me sirva uno para mí —y seguidamente, mientras lo hacía, con aquel acento tan peculiar suyo, mezcla de protección y sarcasmo, añadió—: ¿Le has querido mucho?

—¿Tengo... que hablar de eso?

—No, por supuesto. Pero... me intrigas.

Y sin que ella respondiera, con el vaso en la mano y la pipa apagada entre los dientes, incorrecto, volvió a preguntar:

—Tú no eres mujer que se deje engañar por un hombre, y, sin embargo... ¿Por qué?

—Le he querido.

—Mucho.

—Sí... Mucho.

Caminó rápidamente hacia el biombo.

Charles no la retuvo.

En realidad, aquel asunto de Minou no le interesaba en absoluto. Era una tontería, por su parte, ahondar en él. Pero... era superior a sus propósitos aquel afán de saber.

Por eso se situó al otro lado del biombo donde ella se vestía. Se hundió en una butaca, y dando vueltas al vaso entre los dedos, frunciendo el ceño, preguntó quedamente:

—¿No tienes familia?

La respuesta se dejó esperar.

Tardó bastante.

—¿Nadie?

—¿Qué importan unos tíos lejanos?

—No..., no importan mucho. ¿Por qué os separasteis tú y él?

—¿Tengo que... hablar de ello? ¿Forma parte de mi obligación?

—No..., no..., por supuesto —y como si aquel asunto ya no le interesara en absoluto—. ¿Puedo ir a pasar la Nochebuena con vosotros?

Así.

Sin ambages.

Sin disimulos.

Minou ya estaba allí. Enfundada en su modelo de punto de lana estampado, predominando el marrón y el *beige*. Descalza, fue hacia el perchero y se sentó a medias, con el fin de ponerse las botas. Los dedos parecían agarrotados. Tenía como un temblor convulso en ellos. Por eso no era capaz de subir la cremallera.

Charles, que la miraba sin parpadear, súbitamente dejó el vaso sobre la consola y fue hacia ella.

—Te ayudaré yo.

—¡No!

Arrodillada en el suelo, Charles levantó vivamente la cabeza.

—¿No? ¿Por qué? ¿Es que... tan desconfiada te hizo ese... amor?

—Puedo..., puedo yo.

X

No le hizo caso.

Sus dedos hábiles subieron la cremallera. Minou quiso impedirlo, pero quedóse inmóvil, temblorosa, mirando al frente por encima de la cabeza inclinada del pintor.

—Ya está —dijo él con naturalidad. Y riéndose de aquella manera suya incompleta, al tiempo de ponerse en pie—. Se diría que me temes. Pues no me temas... Aunque te parezca extraño, yo pensé un día, no sé cuándo, hace poco seguramente, invitarte a ir a mi casa. Vivo aquí. ¿Ves aquella puerta? Conduce al piso inmediato.

—No quiero ir.

—Eres muy joven.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Le retaba.

¿Se defendía?

¿Se parapetaba?

El ataque del pintor era distinto. Siempre pensó que sería de otra manera. Más directo, más claro. ¿Qué ocultaba bajo su mentida consideración?

—Tiene mucho que ver —dijo algunas vueltas en torno a ella—. Me impresiona tu juventud. No sé si es que, la lucha por la vida puso sobre mis hombros más años de los que tengo. De cualquier forma que sea, te veo fabulosamente joven. Y tienes... tu historia.

Minou trataba de abrochar el abrigo. Pero sus dedos nerviosos se enredaban sin lograrlo.

—¿Te ayudo?

—No.

—Lo dices de una forma...

—Buenas noches, *monsieur* Boileau.

—Trátame de tú y llámame Charles.

—¿Por qué?

—No lo sé —sonrió de aquel modo confuso—. Creo que lo necesito. No vayas a pensar que soy un vividor. Es seguro que tú... me atraes. Me ocurrió desde el primer momento. Sin conocer tu pasado, yo veía en ti... madurez. Me atrajo esa madurez tuya.

—¿Ha... terminado?

—No.

Súbitamente, sus dedos trataron de abrocharla.

Minou dio un paso atrás.

—Deje.

—Lo dices de un modo...

—¿Qué pretendes?

Así.

Le tuteó.

Le pareció que tenía que hacerlo para dar más fuerza a sus palabras.

—¿Te lo... digo?

—Me ofenderías mucho, lo sé.

—Es cierto —se alzó de hombros.

Charles mojó los labios con la lengua. Buscó la pipa, palpando los bolsillos. Pero la había dejado sobre la consola, junto al vaso de *whisky*.

Minou terminó de abrochar el abrigo y alcanzó el paraguas.

—¿Te vas?

—Sí.

—Aguarda.

Trató de asirla por el brazo, pero Minou retrocedió hasta pegarse a la puerta de entrada.

—Minou... ¿no podríamos hablar?

—¿Hablar? ¿De qué? ¿No está todo dicho?

—¡Oh, no! Tú te interesas por mí. Sientes algo.

Sentía mucho.

Cada día más.

Por eso... se pegó infinitamente más a la puerta.

Le parecía que la madera de aquella se le clavaba en la espalda.

Mejor. El dolor físico menguaba un poco el moral.

Y era mucho el dolor de aquella evidencia que presentía. Ya no la presentía. No era preciso. Estaba allí la evidencia, en la boca del hombre, en la mano que apretaba su brazo.

—Minou, escucha. Jamás conocí un caso así. Así... ¿Te das cuenta?

—¿Se considera en el deber de ofrecerme... su ayuda?

—Vuelves a tratarme de usted.

Minou sacudió la cabeza.

—Déjame marcharme. Ya no me importa tratar de tú que de usted. De todos modos, el resultado siempre será el mismo.

—Así estás dispuesta. A pesar de amarme.

—Necesito otro amor. ¿Eres capaz de darlo tú?

No era un sádico.

Ni un embustero.

Por eso su sinceridad saltó a la boca en unas frases que, sin bien dolían, eran vivo exponente de su verdad.

—No. Al menos, de momento, sé que no es amor. Es intriga, deseo, pasión... Pero amor, no.

—Entonces, déjame ir.

—No volverás.

Lo dijo sin preguntar.

Minou le miró de frente. Jamás sus ojos le parecieron a él tan negros y tan bellos.

—Volveré.

—¡Ah!

—Sí. Necesito ganar dinero. Tú lo pagas.

—Solo por eso.

—Solo.

—Y sin embargo, si te pidiera que te casaras conmigo...

—No —rotunda.

—¿No?

Le intrigaba cada vez más. Era especial.

Firme y segura de sí misma, pese a los sentimientos que confesaba sin preámbulos.

A él siempre le engañaron las mujeres. Es decir, siempre le confesaron su amor, pero era la mayor mentira de la vida. En cambio..., contra todo y contra todos, sabía que aquella muchacha especialísima decía verdad. Una verdad que, en el fondo, le menguaba y le emocionaba.

¿Si sería tonto?

Sacudió la cabeza.

—¿Cuántas veces has querido?

—Dos —dijo con firmeza—. Al padre de mi hijo y a ti. No tuve más novio que él.

—¿Te... dejó?

Sacudió la cabeza.

No quería hablar de aquello.

La humillaba y la empequeñecía.

—Tengo que irme.

—Aguarda.

—¿Para qué?

—Estamos hablando.

—No más. Te ruego que... sea esta la última vez.

—Por favor, una sola pregunta... ¿Puedo pasar la Nochebuena con vosotros?

—¿No tienes miles de planes?

—Es una noche pura y quiero sentirla así.

—¿Pura... para ti? ¿Cuándo has sido puro?

—Lo estoy siendo, aun dentro de mí misma sinceridad crudísima. No te raptó ni te engaño. Te digo la verdad. Aun sin pasado. No te pediría que fueses mi mujer. Sería temerario por mi parte. En los treinta años que tengo de vida, y diez de hombre maduro, jamás se me ocurrió enamorarme de una mujer. No sé si es que la vida sentimental me mimó. No considero yo necesario el matrimonio para ser feliz.

—Buenas noches —y cuando ya tenía la puerta abierta—. Lo siento. Por amor... no sé lo que haría. Creo en él, a pesar de todo. Sin amor...

—Pero tú lo sientes.

—¡Aun así! —gritó—. Tú no lo sientes.

Se iba.

—Oye...

—Puedes ir a pasar la Nochebuena con nosotros, si eso te complace. Pero acuérdate de lo que te dije.

—Nada... Nada puedo esperar de ti.

—Nada.

Y salió.

Charles la oyó caminar por el rellano, hasta el ascensor. Aún salió a aquel rellano y alcanzó el ascensor cuando ella se perdía dentro.

—Minou...

Le miró con los ojos medio entornados.

Era lo que tenía. Aquella forma de mirar, aquella entereza suya... ¿Qué hombre había sido tan idiota para perderla así?

—Te daría un beso —dijo roncamente—. Creo que me moriría besándote.

Minou cerró la puerta del ascensor sin responder. Apretó el botón.

Cuando se vio en la calle miró a lo alto. Llovía. Dos gotas se mezclaron con sus lágrimas.

¿Desde cuándo lloraba ella?

¿Es que se estaba sensibilizando hasta parecer ridícula?

Limpio el rostro de un manotazo y caminó aprisa bajo el paraguas.

XI

— **N**o me ayudas, Minou.
No pensaba hacerlo.

No se sentía con fuerzas.

Tenía a su hijo en brazos y le besaba mil veces. Sobre la mesa, casi junto a ella, una tarjeta de los tíos.

¡Pobres tíos!

Ni siquiera sabían si había nacido Mike.

Le felicitaban las Pascuas.

—Minou..., luego llega nuestro invitado.

Era lo que detestaba. Aquella mesa primorosamente puesta por Maggy.

Aquellos candelabros de cristal, que Maggy había pedido a una amiga para adornar la mesa. Aquellas botellas y aquellos manjares.

¿Por qué?

Ella volvió al día siguiente al estudio, pero, contra todo pronóstico, Charles no mencionó para nada la conversación sostenida la noche anterior.

Lo pensaba en aquel momento, entretanto veía a Maggy ir de un lado a otro. Mitsy se había ido aquella noche con su familia. Mejor. Tal vez ella, también, en un momento se cerrara en su cuarto con Mike, y se olvidara de la noche que era...

—Minou..., ¿qué te parece?

—Bien.

—Lo dices de un modo...

No sabía decirlo de otro.

Se sentía deprimida. Una noche feliz y triste al mismo tiempo.

—Siento el ascensor. Seguro que es nuestro invitado.

—Maggy —era como un gemido—. ¿Por qué te preocupas tanto? ¿Es que le amas?

Maggy se volvió en redondo.

Tenía expresión angustiada.

—No, no. Jamás se me ocurriría enamorarme de un hombre que te interesa a ti.

—¿Supones que tiene importancia el que me interese?

—No lo sé. Me basta con que de nuevo hayas tomado gusto a la vida.

—Ahora... me siento con menos fuerzas para luchar. Debe ser fuerte lo que siento. Más fuerte que nunca.

—Tu voluntad...

—La tengo —suavemente—. Esa sí la tengo.

—Entonces me basta. Lo que no te perdonaría..., sería una caída así. Sin una garantía.

No ocurriría jamás.

—Pero amando tanto —dijo Maggy con ansiedad—. No sé yo qué poder puede tener la voluntad.

—Dice el refrán que gato escaldado del agua fría huye...

—¿Basta?

—Mike se ha dormido. Le llevaré a la cama —y de súbito, como si le oyese en aquel instante

—. Basta, sí. ¡Basta!

Se oyó un timbrazo.

Minou, que se ponía en pie con su hijo en brazos, se detuvo en seco una fracción de segundo, para caminar de nuevo seguidamente después.

Se perdió en su cuarto.

Maggy fue hacia la puerta y la abrió.

—Hola.

—Hola, *monsieur* Boileau. Pase, pase.

El hombre, enfundado en un gabán, y con el sombrero casi calado hasta los ojos, cargado con paquetes, entró y cerró él mismo la puerta con el hombro.

—¿Qué trae aquí?

—Cosas. Champaña, turrón... Hasta un regalo para ti y para Minou... Y un juguete para el niño.

—No debiste...

—Ayúdame a descargar todo esto.

—Te digo que...

—No seas tú como Minou.

—Minou... está en su sitio. Ahí debe estar. ¿Por qué te preocupas? Sabes que nunca...

—Nunca..., ¿no es una frase muy extremista?

—No me digas que esperas de ella...

—No. Ya no. Ya sé cómo es. Pero... ¿debo confesarte que me conmueve su sensibilidad?

¿Quién... le hizo tanto daño?

—Es largo.

—Cuéntamelo.

—¿Para qué? —desafió Minou apareciendo ante ellos.

—Hola, Minou. Siempre apareces en el momento más inoportuno. —Se quitaba el abrigo, lo colgaba en el perchero. Después, frotándose las manos, se acercó a Minou, a quien contempló largamente—. Estás guapísima con ese modelo descotado. Un día te pintaré así —le buscó la mano y la asió entre las dos suyas. La llevó a los labios y con ellos abiertos la besó largamente.

—Suelta...

—Te tiembla la voz.

Temblaba toda.

Pero eso no lo sabría Charles jamás.

Rescató su mano. Quedó un poco erguida, como desafiante, pero en sus negros ojos parecía palpitar aquella sensibilidad de que estaba dotada.

—Comeremos luego —dijo—. ¿Quieres... tomar algo?

En aquel instante sonó el timbre.

Los tres se miraron interrogantes.

—¿Quién... puede ser? —preguntó Maggy asombrada—. No tenemos invitado a nadie más que a ti.

—Abre y lo verás...

* * *

Maggy abrió con cierto temor. No sabía por qué, pero aquel temor le entró dentro del cuerpo en un segundo, casi cuando sujetó el pestillo.

Se abrió la puerta.

Un hombre se deslizó dentro.

Era alto y melnudo.

Vestía un simple traje y parecía temblar de frío.

—Peter... —murmuró Minou con voz cuajada.

Peter avanzó.

Miró a un lado y a otro.

Parecía confuso.

Quizá esperaba encontrarla sola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Minou.

Maggy y Charles no abrieron los labios. Pero los dos sabían que aquel hombre era el padre de Mike.

Charles sintió de súbito un odio mortal hacia él.

Sin duda alguna había perdido a Minou en aquel instante. Ninguna mujer que pueda reparar su pasado deja de hacerlo.

—Te busqué —decía Peter, ajeno a lo que pensaba aquel hombre que le miraba fijamente a través de los párpados entornados—. Recorrí todo París. Di con Dick. Me dijo dónde vivías. No quería decírmelo, pero...

—¿Qué buscas de mí? —preguntó Minou.

Y jamás Charles y Maggy la vieron tan serena, tan firme y tan fría...

—A ti.

—¿Para qué?

—Un día hui... No debí huir. No pude vivir desde entonces. Traté de estudiar. No pude. Me coloqué, salí de aquel empleo. Busqué miles de ellos en Bélgica. Tuve que venir. Vengo a pedirte...

—No.

—Minou...

—No.

Era frío su acento.

Sin rabia, sin rencor.

Era lo peor.

Peter sintió que la perdía para siempre.

Se estiró. Sacudió su melena.

—Tienes que casarte conmigo.

Maggy, instintivamente, se puso delante del biombo. ¿Trataba de defender a Mike? Charles se quedó replegado. Lo presenciaba todo sin parpadear. ¿No pensaba Minou hablar de Mike? No lo parecía.

—Lo siento, Peter. Llegas... demasiado tarde.

Peter levantó la cabeza.

Buscó al hombre que estaba allí.

—¿Amas a... otro?

—¿Y si fuera así?

—Me mataría.

—No, Peter. Eres demasiado cobarde para tomar esa decisión. ¿Recuerdas? Yo te creía tan enérgico, tan firme... Me gustaba apoyar mi debilidad de mujer en la fuerza de tu hombría. ¿Y qué ocurrió? Te vi desmoronarte. Como si de repente te desinflaras, y de hecho te desinflaste. Me pareciste tan pequeño, tan pelele...

—¡Minou!

Era como un ruego irrefrenable.

Pero Minou no sentía piedad.

Ni por el hombre pobremente vestido, ni por sus flácidas mejillas macilentas, ni por la ansiedad de aquella mirada.

—No queda en mí —dijo, y todos la creyeron— ni un pequeño recuerdo hacia ti, Peter. No quisiera decirte esto, pero de nada sirve dilatar una respuesta que ha de ser concreta esta noche. ¿Lo entiendes?

—Estás obligada conmigo —casi gimió Peter, desinflándose más.

Minou atravesó la estancia. Se acercó a Peter y le miró muy de cerca.

—Me das pena, Peter, y, no creas, también me la doy de mí misma. Al fin y al cabo, no dejamos de ser dos víctimas del destino. Tú por cobardía. Yo... porque ya no siento nada. Nada, Peter, hacia ti. Entre la soledad y tu compañía, mil veces prefiero la soledad. Además, yo tengo una meta en mi vida. Estudiar, trabajar... Terminar mi carrera. Ganar una cátedra...

—Soy el hombre que puede ayudarte —dijo Peter sin ninguna convicción.

—¿Sí? ¿Estás seguro, Peter? Un día te necesité. Mucho, Peter. Tú no sabes cuánto, qué sola me vi, qué desprecio sentí hacia mí misma. Ya ves..., la vida sigue corriendo. Es un tópico vulgar, pero... que sentimos, padecemos y vivimos todos los días. Y la vida, al seguir, te demuestra que no merece la pena volver la cabeza hacia atrás, sino mirar fija y esperanzadoramente hacia el futuro. Es lo que hice. ¿De qué serviría seguirte ahora? ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Crees en verdad que serías feliz al lado de una mujer que tanto te conoce? Y, es curioso, Peter, no te conocí hasta que me dejaste. Después, sí; después te vi tal cual eres, y me diste horror, y me inspiraste lástima.

—Minou...

—Lo siento —y bajo, pero con helado acento, añadió—. ¿Quieres abrirle, Maggy?

XII

Se oyeron los pasos de Peter perderse rellano adelante. Después el zumbido del ascensor. Luego nada.

Un silencio siguió a aquel zumbido. Maggy empezó a moverse sin pronunciar palabra. Abría los paquetes que había llevado Charles y encendía luces, retiraba sillas y las colocaba en torno a la mesa con tres cubiertos...

Charles fumaba su pipa. La apretaba con intensidad, pero tampoco hizo mención de lo que acababa de presenciar.

Estaba seguro, después de haber oído y visto a Minou, que Peter terminaría sus días, tarde o temprano, sin saber que existía un hijo suyo allí, detrás de aquel biombo.

Por su parte, Minou se retiró sin pronunciar palabra, regresando unos minutos después. Le brillaban mucho los ojos. Tenía como un rictus amargo en el fondo de las pupilas, y en el cógulo de sus labios.

—Espero que hoy pueda emborracharme —dijo riendo.

—¿De qué serviría? —preguntó Maggy.

—No lo sé. Me gustaría... Nunca me emborraché, ni nunca pasé una Nochebuena con mis amigos... En casa de mis tíos alguna vez, sumida en una conversación intrascendente. En la fonda, otros años, rodeada de amigos alegres, sintiendo mi soledad, cuando más acompañada estaba... —se alzó de hombros—. ¡Qué más da! ¿Nos sentamos? Son las once. Es hora de comer.

Fue una comida casi silenciosa. Solo Maggy, de vez en cuando, echaba una de sus parrafaditas fantásticas. Charles sonreía. Minou estaba muy seria. Tremendamente seria, como si aquella cena en familia fuese una farsa, y ella lo comprendiese así...

Llegaron a los postres. Charles abrió una botella de champaña. El reloj dio las doce.

—Debo besaros —dijo Charles, riendo—. ¿Me lo permitís? Aunque os parezca extraño y aunque nuestra cena sea un poco..., ¿triste?, me siento mejor que nunca. Me siento más yo. Como ha dicho Minou..., como si todos los años precedentes viviera una farsa.

Estaba sentado frente a Minou y casi cerca de Maggy. Se levantó y besó a esta en la mejilla.

—Gracias, Maggy. No sé por qué, esta noche me siento... como si estuviera junto a mi familia. Después se fue hacia ella.

Minou estaba erguida, sentada, pero con el busto tenso, mirando al hombre que se acercaba a ella.

Charles hizo algo. Un movimiento simple, pero que bastó para dar la espalda a Maggy y cubrir con su cuerpo la silueta de Minou. Hubo un cambio de miradas. Los ojos dolían al encontrarse.

¿Tuvo la culpa ella?

¿La tuvo Charles?

Se inclinó.

La besó en la mejilla. Pero sus labios, despacio, no supieron ambos cómo, resbalaron. Se quedaron presos. Un segundo. Tal vez menos, pero ambos, a la vez, sintieron la sensación de sellar un pacto.

Maggy no se enteró de nada.

Hablaba en aquel momento.

Hablaba mucho, como si pretendiera llenar un vacío.

No se percató, pues, de la expresión de los ojos de Charles al mirar a Minou, ni de los labios de esta, al apretarse cuando quedaron libres de la leve presión de la boca masculina.

Fue después, cuando Charles se incorporó y la miró de modo raro.

—¿Qué te pasa?

Charles rio.

De otra manera a la habitual. La sonrisa le llegaba a los ojos, parecía feliz.

—Me gusta estar aquí. ¿Qué hacemos ahora? ¿Bailamos?

Se volvió.

Buscó los ojos de Minou, pero la vio levantarse e ir hacia el biombo.

—Minou...

—Seré tonta —dijo ella bajo, sin darle la cara—. Pero me siento abrumada... No sé cómo... Creo que... voy a llorar.

Otro día la vio llorar él.

Jamás vio llorar a una mujer.

Vivió con ellas, disfrutó con ellas. Jamás nadie le pidió responsabilidades de sus actos.

Y él jamás intentó darlas.

¿Por qué entonces se sentía tan impresionado?

De súbito, cuando Minou iba a traspasar el umbral, oyó el timbre del teléfono.

Maggy se precipitó hacia él.

—Diga...

—...

—Es para ti, Minou —dijo, tapando el receptor.

—¿Peter?

—No, Dick.

—¡Ah!

Pasó ante Charles y asió el auricular al tiempo de hundirse en una butaca.

—Dime, Dick.

—Deseaba felicitarte esta noche.

—Gracias.

—Ha venido...

—Ya.

—¿Estuvo ahí? Parecía loco. Tuve que darle tu dirección.

Contra todo lo que los demás podían esperar de ella, hizo una pregunta concreta y que sonó seca y helada.

—¿Te ha... pagado?

—Minou...

—Di.

—No... No, claro. No tiene dinero.

—Gracias por felicitar me esta noche, Dick.

—¿Te puedo esperar mañana?

—No. Perdona, pero... no.

Colgó.

Quedó mirando al frente.

—Te ama —dijo Maggy con voz angustiada—. Él te ama bien.

Minou se puso en pie. Caminó hacia adelante, con la vista fija en el biombo.

—Pero no sabe... que tengo eso.

Y desapareció.

Charles se frotó las dos manos una contra otra. Las frotó nerviosamente. Después emitió una risita.

—Dirás que soy tonto —dijo a Maggy con tenue acento—, pero lo cierto es que nunca estuve tan impresionado como ahora. Siempre me reí de estas cosas. Del amor, de las muchachas sensibles y sentimentales... De repente..., me siento, ¿cómo te diré? Sojuzgado a una mujer. Y sé que nunca me casaré con ella. Nunca podré cargar con la culpa de otro. Entiende. No sé cómo explicarte. Ni me molesta el niño ni el pasado de Minou. Todos tenemos pasado. También lo tengo yo. Seguramente que hice sufrir a más de una mujer con mi abandono.

—¿Entonces..., qué te retiene?

—El amor que Minou sintió hacia otro.

—Pues huye de ella. Déjala en paz.

—¿Puedo?

—Tienes que poder.

Charles se acercó al biombo.

—Minou..., ¿no sales?

—Sí, sí, ahora. Estoy dando de comer a Mike.

Hasta aquella estampa maternal que no veía, pero que adivinaba le emocionaba. Y él nunca fue un tipo emotivo. Pero de súbito, no sabía por qué, lo era. Lo sentía en sí como un avasallamiento.

Se separó del biombo y se acercó de nuevo a Maggy.

—Tú..., ¿no te has enamorado nunca?

—Sí.

—¡Ah!

—De mi jefe. ¿Le conoces? Es *monsieur* Gould. A ti no tengo por qué ocultártelo.

—No le conozco. Pero sí sé desde ahora que es tonto de remate.

Apareció Minou con su vestido de fiesta, con su escote, su media sonrisa melancólica.

Los dos enmudecieron.

—¿Bailamos, Minou? Podemos poner un disco.

—No sé bailar.

—¿Que no... sabes?

—No —rio ella quedamente—. Aunque te parezca extraño..., no sé. No tuve tiempo de aprender. Primero porque me embarqué en los estudios. Después porque me enamoré de un político... Luego porque le consagré mi vida hasta que...

—Cállate.

—¿Lo ves? Te duele.

Le dolía.

Acababa de conocerle. Le dolía precisamente por haberle conocido, o porque se dio cuenta del vacío que existía dentro del ser de Minou.

Era absurdo lo que le pasaba. Sabiendo lo que sabía, sentía más respeto por Minou que sintió jamás por mujer alguna. Precisamente cuando los hechos demostraban que aquel respeto podía evaporarse, dada la situación.

—Te enseño yo —dijo a media voz.

Y es que le impresionaba la personalidad muda, pero auténtica, de Minou Fonteyn.

Ella negó por dos veces, con un movimiento de cabeza. Después con la boca, suavemente, murmuró.

—Bailad tú y Maggy. Yo me ocuparé del tocadiscos.

Lo hicieron. La noche avanzaba. Maggy y Charles hablaban sin cesar, al tiempo de bailar. Después se sentaron. Más tarde, hacia las tres de la mañana, Charles se puso en pie para marcharse.

—Mañana os invito a comer —dijo al despedirse.

—Imposible. Yo no puedo. Tengo dos clases y nunca sé cuándo terminan.

—No me explico cómo puedes... trabajar tanto.

—Buenas noches, Charles —cortó Maggy—. Estoy rendida. ¡Ah!, no le digas nada a Mauricio Gould, aunque le llegues a conocer.

Rio el pintor.

—¿Me acompañas a la puerta, Minou?

—Sí.

Le ayudó a ponerse el abrigo.

Él se volvió hacia ella.

—Estás... triste.

—No.

Él la miraba a los ojos.

Había ternura en ellos. Ansiedad.

Charles le pasó los dedos por los párpados.

—Y tienes sueño.

—Deja.

—Te molesta mi ternura.

—No la sientes.

Charles trató de atraerla hacia sí, pero Minou se le escurrió.

—Me la inspiras —dijo, abriendo la puerta—. No sé por qué, pero me la inspiras. Es la primera vez que me ocurre.

Casi huyó.

Como si temiera tomarla en sus brazos y decírselo en la misma boca femenina.

Minou giró cuando se cerró la puerta. Empezó a caminar. Parecía un autómata.

XIII

— **Y**a está. He terminado por hoy.
Y con suavidad, aún añadió:

—Estarás rendida.

¿Qué le importaba?

Prefería verlo sádico y morbos, buscando la forma de un acercamiento. Así..., podía evitarlo. Con aquella suavidad y aquella consideración, se convertía en un ser indescriptiblemente peligroso.

Para ella, sobre todo, que era débil y le amaba.

Por eso se levantó con precipitación y se deslizó hacia el biombo, donde puso sus pantalones negros, su jersey de cuello redondo del mismo color, y la gabardina blanca, corta, que ataba a la cintura al salir de nuevo hacia el estudio.

—Podemos... comer juntos.

—Ya sabes.

—No sé.

—No.

—¿Por temor?

Se estremeció a su pesar, perceptiblemente.

—¿Y si fuera así?

—Has... leído los periódicos.

Los había leído.

Nunca lo hacía. Pero Charles, sí. Y se lo dijo.

No sintió dolor.

Ni sintió rabia, ni despecho siquiera, teniendo en cuenta que Peter era el padre de su hijo.

—Lo ha atropellado el tren de mercancías. Iba por la vía... No se dio cuenta...

—Lo sé.

—No te duele.

—Me duele —le desafió— como podría dolerme otro ser humano que se muere bajo las ruedas de un tren de mercancías —se echó a reír con amargura—. ¿Ves tú qué fácil? ¿Ves qué vulgar? Morirse así..., como se ha vivido.

—Te sientes... vacía.

No preguntaba.

Se acercaba despacio, como buscando la forma de entrar en ella con su fuerza. Pero Minou se deslizó hacia la puerta del estudio. Fue allí donde la sujetó. Contra la pared, contra sí.

—Minou...

—No.

—No sabes lo que voy a decirte. Muerto Peter..., ¿qué queda?

—Mi voluntad.

—¿Te basta?

—¿No lo ves?

Era un tiroteo de frases que casi se confundían en el aliento mutuo.

—Eres dura.

—Para tus deseos..., sí.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Y tus pensamientos?

—¿Y los tuyos?

—Los míos... —movió la cabeza, deslizando sus dedos bajo el cabello femenino.

—Sí, los tuyos. ¿No existen? Si no existen..., ¿por qué me retienes? —y ahogadamente—:

Quita la mano de ahí.

No podía.

Tenía no sabía qué, aquella muchacha.

Lo atraía, lo enternecía... ¿Acaso por primera vez en su vida estaba enamorado de ella?

Era diferente a todas. Su tesitura, un acicate. Su sonrisa, una llamada. Su firmeza, una ansiedad.

—Minou...

—Suelta. Déjame ir. No siento la muerte de Peter, como nunca sentiré la tuya si vas por ese camino. El destino me trajo aquí. Me duele este destino. Yo era feliz viviendo mi vida. ¿Vacía? Tenía algo fuerte que me la llenaba. La vida de un niño indefenso que traje yo al mundo. ¿Por qué te gozas en mi humillación? Déjame, si es que no te sientes con fuerzas para...

—Dilo.

Giró.

Ella dio un gemido y se apartó de él.

Tenía Charles aquella forma de hacer inquietante. No parecía hacer nada, pero lo hacía. Era su peor arma para mantenerla firme.

—Hasta mañana.

—Aguarda. Déjame salir contigo.

—No.

—No das una oportunidad.

—Nunca.

—Tendré que casarme contigo...

—Sí.

—Lo dices con toda la sangre fría de este mundo.

No era con sangre fría.

—Minou...

—Adiós.

Huyó.

Sí. Ella, que era valiente, huyó de aquel hombre.

* * *

Llegó a la calle.

No llovía, pero el frío era intensísimo. Levantó el cuello de la gabardina y se menguó dentro de ella.

¿Qué le quedaba? Muerto Peter en un accidente absurdo, ¿acaso podía esperar un padre para su hijo? De todos modos, jamás hubiera deseado un padre cobarde como Peter para Mike. Mike sería con el tiempo un hombre sincero y firme. Un hombre que no ocultaría el rostro para decir la verdad.

—Minou...

Quedó paralizada en mitad de la acera. Un brazo deslizábase hacia el suyo. Una mano protectora la sujetaba.

—No debiste venir. ¿Para qué?

—No te entiendo nunca. ¿Qué debo hacer?

—Callar.

—No es posible —se echó a reír. Aquella risa suya que ofendía y empequeñecía—, Minou, es la primera vez que corro tras una mujer determinada.

—¡Tienes tantas!

—Ahora me doy cuenta. Tantas..., para nada. ¿Ves tú? Durante diez años tratas mujeres. Consigues la fama. Ganas dinero. Haces una fortuna, y de súbito, en un día..., todo carece de importancia. Solo tú la tienes.

—Para llevarme por el camino que tú desees.

Instintivamente, Charles la oprimió contra sí. Levantó el brazo y se lo pasó por los hombros.

—No te muevas. Caminemos los dos como dos peatones, Minou. Es algo complejo lo que me ocurre. Recuerda que te lo dije. Ni la existencia de Mike cuenta en esto que me pasa a mí. Ni muerto ese hombre logro desvanecer la ansiedad y los celos. ¿Te imaginas a un hombre como yo, celoso de un pasado, de un muerto? —se echó a reír. Una risa dura, amarga—. Yo no soy capaz de verme así a mí mismo, y, sin embargo, soy yo, estoy aquí, furioso sin saber por qué, rendido, no queriendo estarlo. ¿Comprendes, Minou?

No quería comprender.

No quería creerle.

Tenía miedo.

De su personalidad, de la forma que tenía de hablar, de todo cuanto con él se relacionara.

—Me gusta tu debilidad.

Minou se creció.

¿También eso había visto él?

—No... soy débil.

—Para amar de nuevo, sí.

Sé paró.

Pero Charles se pegó a ella de nuevo.

—No hablemos de ti y de mí si no quieres. Caminemos. Juntos. Hacia un lugar cualquiera.

Empezó a caminar. La calle casi oscura, el frío haciendo tiritar. La humedad del pavimento, donde posaba los pies como si apenas tocara el suelo...

Tenía los dedos apesados en la mano de Charles. Quisiera arrancarlos, huir de aquel contacto, pero no era posible. O no podía o no quería.

Caminaba aprisa y en silencio, como si una plancha de hierro sellara sus labios, sintiendo el calor del cuerpo de Charles en su costado, haciendo daño, causando una profunda turbación, acentuando, si cabe, más su debilidad.

Fue al llegar a una esquina de la calle donde vivía.

No había gente por la calle. Se diría que los habían dejado absolutamente solos para encontrarse a sí mismos.

—Minou, no te ofendas. Es que yo...

Sabía lo que era.

De repente se detuvo. En la oscuridad sus ojos buscaron la mirada canela de Charles.

—Déjame ya —susurró—. Déjame ya. No me digas nada más.

Charles, inesperadamente, sin apresuramiento, la atrajo hacia sí. La prendió por la cintura. Fue algo inevitable, algo incontenible. Ella se inmobilizó. No huyó de él. Le miró a los ojos y sus labios temblaron perceptiblemente.

—¡Oh...!, Minou —susurró Charles roncamente.

Buscó su boca.

—Mi...

No.

No quería oír su voz. Había dado de sí cuanto podía. Le había demostrado cuánto le amaba.

Por eso se deslizó por la calle, y por eso huyó en la noche como una sombra, desdibujándose.

XIV

—**M**ira —dijo Maggy, mostrándole la prensa.
Minou no miró.

La había leído ya, antes de que Maggy se hubiese levantado.

—¿La... has leído?

Asintió con un breve movimiento de cabeza.

Se vestía para salir.

—Hace un mes que no vas por el estudio. No te reclamó Charles. Claro, si estaba de viaje..., mal podía hacerlo.

Minou terminó su tocado.

Buscó la gabardina y los libros.

—Tengo que marcharme —dijo con voz hueca.

—No me dices nada.

—¿Qué quieres que te diga, Maggy? Ya lo sabía. Si no he ido por el estudio desde aquella noche, si él no me reclamó..., era de suponer que yo no le interesaba ya como modelo, o que huía de mí o que se hallaba lejos.

—Ha regresado hoy de Bélgica. Ha expuesto allí. Ha sido un éxito.

—Ya.

—Aguarda, Minou.

—¿Para qué? Tengo que irme. No pienso dejar mis estudios. Tengo después tres clases. Es posible que no coma en casa —después, miró a su amiga con ternura—. Ya sé que te has puesto en relaciones con Mauricio. Sí, sí, Maggy. No me creas una desagradecida. Me lo has contado ayer noche... Pensaste que estaba dormida. No lo estaba. Oí todo cuanto me contaste...

—Te comprendo, Minou.

Ya lo sabía.

—Estás deshecha.

—No lo estoy. Dolida, tal vez. El hecho de que se haya ido al día siguiente de haber venido conmigo hasta esta calle..., no le salva de mi juicio. Entiende. Nada me liga a él. Nada positivo. No está obligado a nada conmigo. Pero..., debió decirme que se iba.

—Ya ha vuelto.

—No importa eso. No importa en absoluto —y yendo hacia la puerta, atando el cinturón de la gabardina blanca—: Es posible que un día..., me marche de París. Es posible que yo también huya... ¿Qué me queda? Tú te vas a casar, y yo te dejaré este apartamento libre.

Maggy fue hacia ella casi corriendo.

La agarró por un brazo y la sacudió.

—No se trata de mí. Ni yo voy a necesitar este apartamento. Dices que lo has oído todo, pero no me lo parece así. Te dije que Mauricio tiene un apartamento precioso en el centro de París, casi en la misma calle donde está enclavada la redacción Tú tienes trabajo allí. Puedes hacer lo que yo hago. Mauricio dice que cuando nos casemos, yo dejaré de trabajar. Y yo pedí mi sección para ti. Estás infinitamente más preparada que yo. ¿Por qué no te olvidas de los estudios? Déjalo todo. Ponte a trabajar en serio.

—Habla de eso otro día.

—Minou... Muerto Peter... Sola con tu hijo...

—¿Qué vas a decirme? ¿Que acepte la prueba a la que me somete Charles?

—No; eso no. Pero olvida tus estudios. Deja todo eso a un lado, que es para tu fragilidad una pesadilla insoportable. Hay mil hombres. Uno encontrarás que te ame de veras.

Sonrió con amargura.

No dijo nada.

¿Para qué? Maggy no podría comprenderla.

Le palmeó el hombro y se dirigió a la puerta. Antes de salir, llamó a Mitsy:

—A Mike le toca el biberón a las once en punto. Recuérdelo, Mitsy.

—Pierda cuidado.

—Adiós, Maggy.

Maggy quisiera decirle mil cosas. Darle cientos de consejos, pero se daba cuenta de que Minou no aceptaría ninguno, porque tenía una meta trazada.

Se lanzó al rellano y luego al ascensor.

Caminó aprisa por la calle. Levantó el cuello de la gabardina y, al subir al subterráneo, se topó con Dick.

—Cuánto me alegro —dijo Dick con expresión de sueño—. No sé qué nos toca hoy, Minou. Ayer no pude asistir a clase, y esta noche hube de servir en una sala de fiestas hasta el amanecer.

Otro como ella.

Un pobre sacrificado.

—Te ayudaré, Dick —dijo suavemente.

—No has pensado...

—¿Pensado?

—En ti y en mí.

—No, Dick, no pensaré nunca en eso. No soy mujer para ti.

—¿Que no?

¿Para qué decirle lo de Mike?

No era un secreto celosamente guardado. Es que no tenía ninguna necesidad de decirlo, y no pensaba hacerlo.

El subterráneo se detuvo. Los dos salieron a la vez. Minou empezó a hablar de los estudios, impidiendo que Dick tocara de nuevo el tema común...

* * *

Fue a salir.

Vio su auto aparcado a pocos metros de la Facultad.

Lo vio a él, sentado ante el volante, saltar al suelo cuando la vio aparecer. Mejor que iba sola. Siempre salía la primera. Corriendo, sí, mientras los muchos compañeros quedaban discutiendo en los pasillos del edificio.

—Minou...

Se detuvo a su lado.

Una mirada.

Enorme.

Larga. Profunda.

—Ha... has vuelto.

—Sí.

Así.

A lo tonto.

Como si ambos, al encontrarse, se quedaran los dos cortados.

—¿Subes?

—Tengo tres clases.

¿Reprocharle que se había ido sin despedirse, sin advertirla?

No.

No estaba ligado a ella en ningún sentido.

Podía hacer lo que quisiera. Era libre de obrar a su antojo.

Pero dolía. Dolía cada día más.

—Sube. Te llevaré yo a esas clases.

—Una de ellas, la tengo aquí mismo.

—¿Irás esta tarde?

Así.

Podía negarse.

Aducir trabajos.

Pero no.

—Iré.

—Te he traído algo de Bélgica. Ya conoces... mis éxitos.

—Sí —le huía la mirada—. Te felicito por ellos.

—No me hicieron feliz.

Minou empezó a caminar. No preguntó por qué los éxitos no le hicieron feliz.

Súbitamente, Charles la agarró del brazo. Sus dedos cálidos causaron un efecto extraño.

No intentó soltarse.

Caminó junto a él, rozándose sus cuerpos.

—No me preguntas por... qué.

—No.

—Tu crueldad.

—¿Mí... qué?

La miraba.

Charles la oprimió contra sí sin que Minou huyese.

No podía.

Tantos días sin verlo. Un mes. ¿No era demasiado? ¿Acaso podía ella luchar contra aquello?

—Minou..., eres cruel. Yo pensé en ti. Pensé constantemente. Es curioso, ¿eh? Nunca pensé en una muchacha..., en mi vida. Una muchacha determinada. Con la fama, el dinero, los halagos..., y como un simple hombre decadente, pensé en un objetivo determinado.

—Eso no indica decadencia —y sin transición—: Suelta, he llegado. Es aquí. En este edificio tengo las tres clases...

—Te esperaré.

—Son tres horas.

Se inclinó hacia ella. La miró cegador. Sus dedos le oprimían las dos manos juntas con ansiedad.

—Te esperaré. Aguardándote quedo aquí, Minou.

—Estás loco.

—No.

Llevó las dos manos a la boca. Las volvió, y, con los labios abiertos, besó las frías palmas de aquellas manos, causando en la joven un loco sobresalto.

—Hasta luego, Minou.

Ella subió corriendo.

No supo ni cómo se perdió en el ascensor.

Sentía frío y calor al mismo tiempo, y una debilidad que jamás sintió junto a Peter.

XV

No estaba cuando bajó.

Giró a un lado y a otro de la calle. Muchos autos, mucha gente, pero..., no él.

Sintió frío en la nuca. Como si todo produjera una sensación de vacío, de inutilidad.

¿Por qué creyó en sus palabras? ¿Tenía motivos para creer? Aparecía y desaparecía simultáneamente, sin dar explicaciones. ¿Qué esperaba de él?

Sintióse triste y desmadejada. Allí mismo, a pocos metros, se perdió en el Metro, y, poco después, aparecía junto a su casa.

Le dijo a Maggy que no iría a comer. Era una forma como otra cualquiera de evadir una conversación.

Pero estaba allí. Eran las dos de la tarde. Mitsy estaría sola con Mike, porque Maggy siempre llegaba a las cinco o las seis, y ahora, puesta en relaciones con Mauricio Gould, seguro que regresaría anochecido.

No iría al estudio.

Claro que no.

Se perdió en el ascensor. Y apretó el botón. Se arrebujo en la gabardina. Ella tenía frío. Siempre tenía frío. Pero no era frío físico, era otro frío.

Metió el llavín en la cerradura y empujó la puerta.

En seguida oyó su voz.

Quedó como paralizada.

Dudó un segundo. Se quitó la gabardina y la colgó en el perchero.

—Vamos, Mike —decía Charles, riendo—, es un balón. ¿Es que no te gusta?

El niño tenía un año escaso.

Pero ya chapurreaba alguna palabra.

Mamá, tata, adiós...

—Mike, es para ti. Lo he traído yo.

Apareció ella en la ancha puerta del salón.

Nadie la vio. Mitsy no andaba por allí. Mike estaba sentado cómodamente en las rodillas de Charles y jugaba con la corbata de este. En la mano de Charles había un balón enorme. En la otra, un muñeco.

Caminó despacio.

Vestía una falda con pliegue al lado. Una blusa de seda de colorines, abrochada hasta la garganta, y una chaqueta de fina lana marrón.

Charles se puso en pie, con Mike en brazos.

—Estaba jugando con tu hijo —dijo, algo aturdido—. Te... estuve esperando y, de repente, pensé que podía esperarte aquí...

¿Cómo era posible que un hombre, a quien la fama mimaba, que lo tenía todo, que hablaban de él los periódicos todos los días, se molestara en jugar con un niño, en esperarla a ella?

—Gracias, Charles —dijo suavemente.

—Es un encanto de niño.

—Mamá —decía Mike con su lengüecita estropajosa—. Mamá...

Y estiraba los bracitos en dirección a su madre.

—Dámelo, Charles.

Lo tomó en brazos. Lo apretó contra sí. Le metió la cabeza en su pecho y levantó un poco los ojos para mirar a Charles.

Encontró sus pupilas fijas en ella.

—Cariño —susurró Minou, temblorosa, refiriéndose a su hijo—. Cariño mío...

Charles, inesperadamente, se acercó a ella e inclinó su alta talla hasta dominarla.

—Te queda bien el niño en brazos —susurró—. Te queda... muy bien.

No contestó a eso.

—Gracias..., por lo que le has traído.

—Me enternece ese niño. Me enterneces tú.

—Ya.

—¿No lo crees?

Claro que no lo creía.

—Mitsy —llamó Minou.

Esta apareció en la puerta.

Charles se separó de Minou y esta llevó el niño a Mitsy.

—Me parece que tiene sueño. Acuéstalo, Mitsy.

—Iba a hacerlo cuando llegó el señor...

—Mira sus ojillos. Está cayéndose.

En efecto, Mike entornaba los párpados. Sus manecitas sujetaban el muñeco de goma, que casi se escurría de ellas.

Mitsy se lo llevó, y Minou ofreció un asiento a Charles.

—Siéntate —dijo—. Si es que..., no te vas.

—Vamos a comer por ahí.

—¿A tu... apartamento?

Charles soltó la risa.

—No. Ya sé que no vas.

Ocurrió algo inesperado para Charles.

—Iré.

—Mi... Minou...

—Te demostraré que puedo estar allí contigo..., sin que ocurra nada.

Charles, que iba a sentarse, se levantó de un salto.

—¿Probamos?

—Probemos. No tengo clase esta tarde. Iré a comer contigo a tu casa. ¿Estás solo?

—Lo estoy. Pediré la comida a un restaurante cercano.

* * *

Cosa rara, al verse a solas con ella en su apartamento, apenas si se atrevía a mirarla. La postura de Minou era mayestática. Firme. Afable, casi tierna, pero..., demasiado firme para ignorar lo que estaba haciendo.

Él se sintió como menguado. Iba enseñándole la casa sin soltar su hombro.

La pegaba a su cuerpo y Minou no trató en ningún momento de huir de él. ¿No le tenía miedo? ¿No le amaba ya? ¿O le amaba demasiado y aquel mismo amor la parapetaba contra todo y contra todos?

—Este es mi despacho —decía Charles, un tanto cortado—. Aquí, el salón. A veces, cuando alguien muy poderoso me encarga un cuadro, lo cito aquí. Mi estudio es un lío de trastos. Te aseguro que, cuando pinto aquí, cobro una fortuna.

—Y te la pagan.

—Sí —empujó otra puerta—. Esta es mi alcoba.

No se inmutó Minou. Pasó. Lo miró todo.

—Es muy masculina.

—Para mí.

—Ya.

Iba a salir.

Pero Charles se le puso delante.

—Me gustaría besarte, Minou. Tú lo sabes.

Minou lo miró. Sus ojos parecían más negros, y sus labios se curvaron en una tenue sonrisa.

—Lo sé, Charles.

—¿Lo... sabes? —desconcertado.

—Conociéndote... Pero no, ¿sabes? No sé cómo demostrarte que no. Que no he venido por tus besos. He venido..., a demostrarte que aquí, lejos de aquí, donde sea, no llegaré jamás al extremo que tú deseas.

—Pero me quieres.

—Sí.

Costaba asimilar aquel sí firme, aquel sí tenue al mismo tiempo.

—No sé cómo queriendo a una persona puedes dominar tu cariño.

—Puedo. De eso..., estoy firmemente segura.

Trató de apretarla contra sí.

Minou hizo algo maravilloso. Alzó la mano. La dejó abierta sobre la mejilla masculina, y lo miró a los ojos, profunda y fijamente.

—Así, Charles. Así. Dime..., ¿te atreves?

No.

No se atrevía.

O era estúpido, o había cambiado, o estaba loco por ella.

Por eso giró y se pudo decir que huyó de aquellos dedos que le acariciaban la mejilla.

—Ha llegado la comida —dijo—. Comeremos.

Sin soltar la mano femenina, furioso contra sí y contra ella, caminó hacia el *living*, donde un camarero les servía la mesa.

—Si necesitan algo más... —dijo el camarero.

—No, no. Si lo necesito, le llamo, Arthur.

Se fue el camarero. Minou se sentó y desplegó la servilleta.

—Está habituado a servirte, ¿verdad? A ti y a tus... amigas.

—Aquí, no —rotundo, inclinándose sobre la mesa y buscando sus ojos con ansiedad—. En el estudio, sí. Jamás mujer alguna vino aquí. Me parece que tú serás la única.

—Seré...

Le apretó la mano. La volvió encima de la mesa y la besó en la palma.

—Charles...

—Me gusta hacer eso. ¿Sabes? Noto que te venero. Si seré tonto...

La besó de nuevo. Minou rescató su mano y empezó a comer.

—Es inútil cuanto haga, ¿verdad, Minou?

—Sí, pero..., ¿no sabes una cosa? Si yo te pido que me ames aquí..., no te atreverás.

Charles ya lo sabía.

Lo había sabido tan pronto entró en aquel apartamento suyo, que siempre respetó como a su misma madre.

Se dio cuenta también de que si la había llevado allí era, sencillamente, porque la amaba de verdad.

Pero no lo dijo.

—Prueba —desafió.

Minou aspiró hondo.

Se agitaron sus senos.

—Ya está probado, Charles. Si quieres decepcionarme..., aquí me tienes.

Charles se puso en pie.

Pero no dio un paso hacia ella. Súbitamente cayó de nuevo sentado y dijo quedamente, con desaliento:

—Tendré que casarme contigo. Y después..., después...

XVI

Nunca terminó la frase.

Empezó a comer y a hablar de su viaje a Bélgica, del que pensaba hacer próximamente a su casa de Rotterdam, donde vivía su madre, sus dos hermanas casadas, su hermano soltero...

—Es una familia pintoresca. Mis hermanas son deliciosas, están locas por sus maridos. Pero ¿qué crees que hacen? Trabajan. Mientras mis dos cuñados hacen películas para la televisión, ellas hacen los guiones. Las dos. Están casadas con dos hermanos. ¿Nunca te hablé de ello?

—Nunca —susurró Minou con ternura—. Es ahora cuando te estoy viendo mejor.

Charles rio, aturdido.

Tan grandullón, y en aquellos instantes parecía un crío avergonzado.

—Mi hermano soltero es alpinista. Se pasa el día o los meses fuera de casa. Es un deportista consumado. Claro que esto a mi madre le causa cada día una enfermedad. Yo me fui de casa cuando todos esperaban que me pusiese a estudiar en firme. No quise. Necesitaba decir algo a la humanidad. De alguna manera. Y lo dije con los pinceles.

Guardó silencio.

Minou le miraba fija y quietamente.

—¿Por qué me miras así?

—No sé... De repente te veo de otra manera. Menos peligroso. Sentimental. Buenazo... No sé.

Charles se puso en pie.

—¿Has terminado de comer?

—Claro.

—Pues, vamos.

—¿A dónde?

—No sé. A un rincón de la casa donde estemos más cómodos.

—Podemos dar un paseo, Charles.

Le tenía cerca de ella. Casi pegado a su espalda. Por detrás. No tuvo más que levantar un poco las manos y cerrarla por la cintura, atrayéndola hacia su pecho.

—Minou...

—Sí.

—No te veo la cara.

—No.

—Dime..., has dicho..., ¿serías capaz?

Giró dentro del breve círculo. Era deliciosa en su hacer tan femenino.

—Estás jugando conmigo.

—Yo, no —dijo Minou a media voz—. Juegas tú contigo mismo.

Charles la soltó.

Dio unos pasos por el *living*.

—¿Lo ves? —susurró Minou con ternura—. ¿Lo ves?

—Tienes razón. Vamos, vámonos de aquí. Tienes tú toda la razón.

—¿Eso qué es, Charles?

—¿Qué es? —y la miraba casi furioso.

Minou rio.

Una risa suave e íntima.

—Cállate —pidió Charles—. Cállate, por favor.

Minou se calló. Pero sus dos manos prendieron el brazo de Charles y le empujó blandamente hacia la puerta.

—Te quiero, Charles. Pero ni muerta. ¿Entiendes tú? Ni muerta me sentiría de nuevo humillada. Ya sé que no puedo aspirar a mucho contigo. Eres demasiado poderoso. Demasiado lleno de prejuicios. Pero yo no los censuro. Charles querido, no puedo ni debo. Tal vez eres como debes ser. Y yo..., no te entendí hasta ahora. Anda, vamos. O quédate aquí. Me iré yo sola.

No tenía fuerzas para retenerla.

Ni para pedirle que se quedara, ni para salir con ella en aquel instante.

Por eso, súbitamente, se dejó caer en una butaca y quedó laso y como inconsciente. Minou, con aquella delicadeza suya que era su mayor encanto, se inclinó hacia él. Con sus dos manos le alisó el pelo, le cuadró el mentón.

—Minou...

—Quédate, Charles. Yo te entiendo. Pero..., también me entiendo a mí misma. ¿Lo comprendes?

—No sé qué me pasa contigo. No lo supe desde el principio...

Tampoco ella quería saberlo.

Buscó la gabardina, la puso, y cuando iba ya en la puerta, le oyó gritar:

—Minou... Minou...

Se quedó temblando, mirando al frente, sin verle a él, aunque le tenía delante, erguido y tembloroso.

—Minou..., casémonos. Por favor..., sí. No podré... vivir sin ti.

Fue algo raro aquello.

Minou se apoyó contra el marco de la puerta. Empezó a llorar.

—Minou...

No podía dejar de llorar.

Charles la tomó en sus brazos y empezó a secarle las lágrimas. La besó en los ojos, en la garganta, en la boca... ¡Mucho tiempo! ¡Cuánto tiempo!

Después la empujó blandamente hacia la puerta de la calle, como si temiera lastimarla.

—Nos casaremos en seguida, Minou. Mike será mi hijo. Vendremos a vivir aquí... Minou, no soy capaz de pasar sin ti... ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes?

Se aferró a él con ternura. Se pegó a su pecho. Quedóse así, mirándola largamente.

—Gracias, Charles. Gracias, gracias...

Charles estaba con ella como un niño pequeño, siendo tan grande. La besaba y la acariciaba, y parecía tener miedo a lastimarla...

* * *

Mauricio y Maggy se quedaban allí. También estaba cerca Mitsy, con Mike en brazos.

Charles decía atropelladamente:

—Vendremos a buscarle dentro de tres días. ¿Entendido? Tres días nada más para nosotros.

Después...

—Márchate tranquilo, hombre —reía Maggy, emocionada.

—Mauricio, tú puedes lograr que nadie se entere de momento. Me revienta la publicidad. Cuando estemos de vuelta en París..., ya lo sabrán. De momento prefiero pasar ignorado.

—Sí, hombre, sí.

Se abrazaban.

Minou tenía los ojos muy brillantes. Estaba ya sentada en el auto. Miraba a su hijo a distancia. Mike tenía un padre y ella un marido. Un marido maravilloso... Un marido que tenía capa de león y era un buen cordero.

Un marido que había causado estragos en la juventud, y, sin embargo..., era un bendito.

Charles terminó de hacer las recomendaciones, y subió al auto de un salto. Lo puso en marcha.

Después, casi en seguida, una de sus manos dejó el volante y se posó en la rodilla femenina.

—Ahora, sí —rio roncamente—. Ahora, sí. Ya eres mi esposa. ¿Sabes a dónde vamos?

—Has dicho que tomaríamos el avión para Londres.

—¿Lo has creído?

—No.

—¿A dónde crees que vamos? Son las nueve de la noche... ¿A dónde?

Minou se oprimió contra él. Con sus dos manos le agarró el brazo.

—Eres un tonto. A mí no me engañas. Te conozco. Sé a dónde vamos. Y sé asimismo dónde pasarás tú, conmigo, esos tres días que les has dicho a ellos pasarías en Londres.

—Así... —la miraba embobado—, así me conoces.

—Así...

—Pues dime a dónde vamos.

—A tu... apartamento.

La cerró con un brazo por la espalda y así mismo buscó sus ojos y su boca.

—Charles..., que nos vamos a matar.

No se mataron. Llegaron al apartamento que ella ya conocía. Ni siquiera encendió la luz. Le ayudó a quitarse el abrigo allí.

—Charles..., estamos a oscuras.

—Sí.

—Enciende... la...

—Después...

La llevaba en brazos.

—Charles... —susurró, ahogándose.

Charles la besaba y se quedaba junto a ella.

—No te veo, Charles...

—No.

—Lo dices así...

No podía decirlo de otro modo.

Minou le pasó los brazos por el cuello. Se arrebujo contra él.

—Charles, te quiero... Te quiero tanto... ¿Lo sabes? ¿Lo sabes?

F I N



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Récords 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al

momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.

A woman in a pink dress and black high-heeled shoes is pulling a patterned suitcase. The suitcase has a repeating pattern of small circles in shades of brown and pink. The woman is walking on a light-colored floor against a plain, light-colored wall. The overall tone of the image is elegant and sophisticated.

se

CORÍN TELLADO

Tú no llegaste tarde